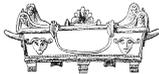


En 1948 se inició el proyecto de traída de aguas desde Pedrera a Osuna, y en 1950 se finalizó el primer depósito de aguas de la ciudad, que desgraciadamente destruyó la antigua cisterna romana de agua que poseía un tamaño enorme (72 metros de largo por ocho y medio de ancho). En 1963 se inauguró el segundo depósito. Estas obras eran imprescindibles para abastecer de agua a la población que llevaba probablemente dos mil años utilizando aquellas aguas subterráneas del Cerro de los Paredones.

Pero aún así, las galerías continuaron utilizándose puntualmente para el abastecimiento de determinadas viviendas o para el riego. Esta función se ha venido cumpliendo hasta el año 2000 aproximadamente, cuando los elevados niveles de contaminación de nitratos, potasio y sulfatos procedentes de los fertilizantes que se emplean en los campos de alrededor y que se filtran al manantial junto con las aguas de lluvia, aconsejaron prohibir la utilización de la misma y la clausura de esta fuente de abastecimiento.

Hoy día, a expensas de que ulteriores estudios nos permitan conocer mejor los secretos, sólo queda animar a las instituciones para que tan importante obra, que discurre bajo los pies de los ursonenses, sea conservada, restaurada y estudiada para todos los ciudadanos de Osuna y aquellos que quieren conocer este espacio subterráneo, pues interés y atractivo no le falta a la magnífica obra hipogea que se encuentra debajo de la población.



TULA, LA PASIÓN ROMÁNTICA

Por
JOSÉ MANUEL RAMÍREZ OLID
 Cadrático de Historia

GERTRUDIS Gómez de Avellaneda nace el 23 de marzo de 1814 en Puerto Príncipe, actual Camagüey, en la isla de Cuba. Su padre, el marino Manuel Gómez de Avellaneda, nacido en Constantina, llega a la isla en 1809 con la graduación de teniente de navío. Allí se casa con la joven Francisca de Arteaga y Betancourt, perteneciente a la alta burguesía cubana. El matrimonio tiene cinco hijos de los que sobreviven solamente dos: Manuel y Gertrudis, a la que desde pequeña empiezan a llamar Tula. Su privilegiada situación económica, le permite recibir una educación esmerada, extraordinaria para una mujer de su época, particularmente en España, que «tendrá una gran trascendencia en su obra». ¹ Lectora empedernida desde la infancia, domina el francés y el inglés, lo que le permite leer en lengua vernácula a los escritores que admira, sobre todo a los poetas, porque los sentimientos no son traducibles.

El 17 de abril de 1838 Gertrudis llega a Sevilla después de haber pasado una temporada en Burdeos y un año en La Coruña. ² Allí conoce a un joven estudiante de Derecho, dos años menor que ella, del que se enamora perdidamente, como quizá sólo hayan sabido hacerlo los románticos, generación a la que pertenece por el tiempo y por los sentimientos. El hombre que ha desatado las pasiones de la todavía incipiente escritora se llama Ignacio de Cepeda y Alcalde de Baeza.

Cepeda

Nació en Osuna el 21 de enero de 1816, cuarto hijo de los cinco que tuvieron Felipe de Cepeda Ortiz de Abreu Paz y

Paz y María Agustina Alcalde de Baeza Sánchez-Jurado de la Calle y Angulo. ³ Estudió Humanidades en el Colegio de la Asunción de Córdoba, para continuar después la carrera de Derecho en la Universidad de Sevilla, donde se graduó en 1840.

Perteneciente a la poderosa familia de los Cepeda, descendientes por línea directa de Santa Teresa de Jesús, poseía una gran fortuna repartida entre Osuna, Almonte y La Palma del Condado. Preocupado por las nuevas técnicas agrícolas y por las más recientes investigaciones en este ámbito, viajó, a sus expensas, por Europa y Próximo Oriente, informando puntualmente de sus experiencias y hallazgos al Ministerio de Agricultura, por lo que fue recompensado el 12 de junio de 1852 con el título de Comisario Regio de Agricultura.

Establecido definitivamente en Almonte, donde crea una ganadería de reses bravas, fundó el 1 de enero de 1856 un Banco Agrícola, como los que había visto en Prusia y en Hungría, para prestar dinero con bajos intereses a los pequeños agricultores.

En 1866 fue elegido diputado a Cortes por el distrito de La Palma del Condado. Tras la revolución de septiembre de 1868, el pueblo de Almonte lo aclamó alcalde el 22 de septiembre.

El 16 de noviembre de 1906 falleció en su casa almonteña.

Sevilla

Gómez de Avellaneda se enamoró de él en el verano de 1839. La escritora, que desde el principio intuye la indiferencia de Cepeda, le escribe una autobiografía mezcla de diario y correspondencia, porque hablando de ella está pensando en él: «Es preciso ocuparme de usted –empieza la autobiografía el 27 de julio a la una de la madrugada–; se lo he ofrecido; y, pues, no puedo dormir esta noche, quiero escribir; de usted me ocupo al escribir de mí, pues sólo por usted consentiría en hacerlo». Es la finalidad subjetiva que esconde la *Autobiografía*, el placer que le produce escribir por y para el objeto amado. Pero existe también una finalidad objetiva, que consiste en recrear su vida, para que sea contemplada por el hombre que ama y quizá, de esa manera, atraerlo hacia sí: «Después de leer este cuadernillo, me conocerá usted tan bien, o acaso mejor que a sí mismo». ⁴ Por ambos objetivos ella exige dos cosas: «Primera: que el fuego devore este papel inmediatamente que sea leído. Segunda: que nadie más que usted en el mundo tenga noticia de que ha existido». ⁵

Termina la autobiografía con una posdata en la que la escritora muestra de nuevo sus dudas y vacilaciones, consecuencia de los arrebatos amorosos que soporta: «Para resolverme a dar a usted este cuaderno es preciso que le estime a usted tanto, tanto, que no le crea un hombre, sino un ser superior.

»No sé, pues, qué hacer; lo guardaré y seguiré, para darlo o quemarlo, el impulso de mi corazón cuando vea a usted por primera vez».

Esta autobiografía no fue escrita para ser publicada, porque, como afirma Luisa Elena Delgado, fue concebida «como estrategia de seducción», ⁶ pero también por un imperativo amoroso: mientras Tula en el silencio de la noche escribe sus vivencias al hombre que ama, lo tiene presente. No está sola, está acompañada, porque le está hablando a él.

Las cartas que Avellaneda le escribió las conservó Ignacio de Cepeda, así como la *Autobiografía*. Cuenta José M^a Cepeda, descendiente de Ignacio, que éste mantuvo intacto hasta el final de su vida el cariño que sintió por Gertrudis: «Siendo ya muy anciano y con la vista fatigada, D. Ignacio convocaba a veces a sus nietos mayores, nietos entonces que acababan de aprender las primeras letras, les daba algunas de las cartas y

³ FERNÁNDEZ DE BÉTHENCOURT, F.: *Anales de la nobleza de España*. Anuario de 1883. Madrid, Librería de los Sres. Simón y Osler, 1883, pág. 424.

⁴ GÓMEZ DE AVELLANEDA, Gertrudis: *Autobiografía y Cartas*. Estudio y notas de Lorenzo Cruz-Fuentes. Diputación Provincial de Huelva, 1996, pág. 41.

⁵ *Autobiografía...*, pág. 41.

⁶ ELENA DELGADO: *Op. cit.*, pág. 10.

¹ ELENA DELGADO, Luisa: «Gertrudis Gómez de Avellaneda: escritora, feminidad y reconocimiento». En FERNÁNDEZ, P.-ORTEGA, M^a L.: *La mujer de letras o la letraherida: discursos y representaciones sobre la mujer escritora en el s. XIX*. Madrid, 2008, pág. 204.

² BRAVO-VILLASANTE, Carmen: *Una vida romántica: La Avellaneda*. Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1986, pág. 137.

hacia que se las leyera en voz alta. Al escuchar, revividos por aquellos ingenuos labios infantiles, los apasionados fragmentos de las letras escritas por quien tanto le amó en vida, Cepeda muchas veces se emocionaba vivamente».⁷



GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA

En 1906 fallece Ignacio de Cepeda, e inmediatamente su viuda María de Córdoba y Govantes le encarga a Lorenzo Cruz-Fuentes la edición de la *Autobiografía* y de las *Cartas*, que Tula había escrito a su marido. Cruz-Fuentes ordenó cronológicamente la correspondencia, —muchas cartas aparecían sin fecha, ni lugar de procedencia—, escribió el prólogo, notas y una necrología de Cepeda. Al año siguiente, 1907, aparece la primera edición a la que seguirá una segunda en 1914. Con ello se cumplió la voluntad de Cepeda de publicar los papeles que Avellaneda le escribió una vez fallecido él, encargo que dejó a su mujer, así como el de costear la edición de las mismas. En 1996 la Diputación Provincial de Huelva hizo una nueva edición, que es la que yo manejo.

Bien es verdad que la idea de publicar la *Autobiografía* y la *Cartas* la acariciaba Cepeda desde mucho tiempo atrás. En la última carta que Tula le escribe a Ignacio el 26 de marzo de 1854 le dice refiriéndose a una sugerencia que previamente le había hecho sobre la conveniencia de editar los escritos de ella que él conservaba: «Respecto a lo que me consultas sobre mis cartas, sólo puedo responderte que no recuerdo exactamente lo que contienen. Ignoro si hay en esas cartas confidenciales cosas que puedan interesar al público, o si las hay de tal naturaleza, que deban ser reservadas. Cuando nos veamos, hablaremos de eso y examinaremos dichos papeles».⁸

El 13 de julio de 1839 empieza la correspondencia de Gertrudis Gómez de Avellaneda, con Ignacio Cepeda. Durante este verano hubo en la Lista de Correos de Sevilla un apartado a nombre de D^a Amadora de Almonte, pseudónimo con el que ocultaba su identidad. Componen la misma cincuenta y tres cartas escritas en los años 1839, 40, 43, 45, 47, 50 y 54. Las más apasionadas corresponden a 1839 y 1840; a partir de ahí las pasiones se decantan y se transforman en cartas a un amigo muy querido. En 1847 se reanudan las relaciones

amorosas, ya viuda de su primer marido, al pasar Cepeda una temporada en Madrid. La correspondencia se corta definitivamente en 1854 cuando Cepeda se casa con María de Córdoba y Govantes.

Amadora de Almonte

El amor romántico, apasionado que goza y sufre Tula aflora en todas las cartas. El ardor de la cubana, guapa y ardiente, contrasta con la frialdad del ursoaonés. Los celos, su gran problema, afloran por doquier. En la tercera carta, escrita el 4 de agosto le dice: «¡Cepeda! Tú eres lo que has sido, lo que serás siempre para mí, el más amable de los hombres y el más querido de los amigos: esto eres todavía y esto tienes que ser mientras yo viva: ¿por qué, pues, nos separaremos de este modo? ¿Te lo aconseja así tu corazón? ¿Podrás no conocer el mío? En cuanto a mí, no puedo, no quiero: es preciso que te diga que te quiero aún más que a ningún hombre he querido, y que si el destino ha ordenado no te vuelva a ver más, conservaré de ti una tierna e imborrable memoria. Adiós, pues, tú que me inspiras una ternura fraternal; tú, por cuya dicha daría una parte de mi sangre, recibe mi adiós, y ya que no me lo retornes vierte sobre él una lágrima de reconciliación: tendría un placer en verte esta noche, pero no lo exijo, adiós».⁹

Tula se resiste a separarse de Ignacio. Que se va a Almonte a preparar unas asignaturas para terminar la carrera de Derecho. La idea de su marcha le atormenta y no quiere perder los últimos momentos en los que todavía es posible compartir el tiempo con él: «Amigo mío: He estado a punto de hacer un desatino sólo por haber soñado que te habías marchado. Es preciso para sosegar mi corazón que te vea esta noche. Creo que iremos esta tarde en casa de las Jurado, pero de todos modos, a las ocho u ocho y cuarto, estaré en casa sin falta. No dejes de venir a verme». Debajo de la rúbrica escribe: «Anoche, apenas una hora he dormido: estoy en pie desde las cinco».¹⁰

De regreso a Sevilla, Cepeda continúa preparando el examen que le permitirá graduarse en Leyes el 18 de febrero de 1840. Los meses de otoño e invierno está entregado de lleno al estudio, y Gertrudis intenta atraerlo hacia sí. No puede soportar que él esté en Sevilla y ni la vea, ni la acompañe a las fiestas y al teatro: «Pronto vas a graduarte, y creo que saliendo de eso podrás verme con más frecuencia: aún antes de graduarte nos hemos de ver algunas veces, porque ¿cómo vivir así, querido amigo? ¿Quién tiene resistencia?: la mía comienza a faltarme no obstante todos mis propósitos. He pensado, pues, que debemos convenir en una cosa, y es que siempre que tú vengas y esté yo sola aprovechemos tales momentos para realizar un deseo, que tengo hace mucho tiempo, y que es de leer contigo alguna obra interesante».¹¹

La frialdad de Cepeda desconcierta y arrebata a la ardiente cubana, que se halla sumida en un mar de confusiones: «Yo he mandado siempre en mi corazón y en mis acciones con mi entendimiento, y ahora mi entendimiento está subyugado por mi corazón, y mi corazón por un sentimiento todo nuevo, todo extraordinario. ¡Posible es, Dios mío, que cuando yo me creía libre ya del dominio del amor, cuando me persuadía haberle conocido, cuando me lisonjeaba de experta y desilusionada, haya caído como una víctima débil e indefensa en las garras de hierro de una pasión desconocida, inmensa, cruel!... ¡Posible es, Cepeda, que yo ame ahora con el corazón de una niña de trece años! ¿Qué es esto que por mí pasa? ¿Qué es esto que yo siento?... Dímelo, dímelo, porque yo no lo sé. Es hartito nuevo para mí, te lo juro. Y yo he amado antes que a ti, he amado, o lo he creído así, y, sin embargo, nunca, nunca he sentido lo que ahora siento. ¿Es amor esto? No hay algo más, no es amor solamente. Es el infierno, que se ha venido a mi corazón. ¡Qué feliz era! ¡Cuán tiernamente te amaba! ¡Los ángeles me envidiarían! Y ahora, ahora, ¡cuán

⁷ CEPEDA, José M^a: “Gertrudis Gómez de Avellaneda o los subterfugios del amor”. *La Peregrina magazine*, 2008-2009.

⁸ *Autobiografía...*, págs. 204-205.

⁹ *Autobiografía...*, pág. 91.

¹⁰ *Autobiografía...*, pág. 91-92.

¹¹ *Autobiografía...*, págs. 103-105.

desgraciada! ¡Cuánto sufro! ¡Cuánto, querido mío!».¹²

El ursaeón, ante estos arrebatos de pasión incontrolados, le aconseja que no sea celosa, porque tiene demasiado talento, y los celos son cosas de mujeres vulgares. Y Gertrudis le responde: «¡Ah, Cepeda!... ¿Crees tú que el talento sea un antídoto contra la sensibilidad? ¿Te parezco una mujer vulgar cuando me siento morir a la espantosa idea de que otra mujer, acaso indigna de una mirada tuya, reciba tus caricias, tus expresiones de amor? ¿Me rebajo a tus ojos cuando rece-lo y tiemblo de ver profanado el objeto de mi culto y de mi idolatría?».

Y Tula reconoce que se ha vuelto celosa, ella que no le había sido nunca: «pero era porque no amaba. Porque a ti, a ti estaba reservado hacerme conocer esta pasión única, que yo me engañé alguna vez creyendo sentir por otro, y a ti, que amo tanto, estaba reservado también hacerme celosa. Pero, ¿no comprendes tú mis celos?... ¿No sabes tú lo que eres a mis ojos? Rodeado estás para mí de una atmósfera de... ¿de qué diré? ¡de santidad! Sí, perdóneme Dios si esta palabra le ofende. Creo que eres sagrado, que nadie, sino yo, tiene el derecho de mirarte, de amarte, de decírtelo. Cuando una mujer ama como yo te amo, no ve un hombre en su amante; ¡no! Es un ángel, es un ser divino, en cuya frente cree descubrir un sello de santidad».

Pero sus celos no son como los de las mujeres vulgares: «¡Cepeda! Una mujer vulgar no ama como yo, no tiene celos como yo. Una mujer vulgar celaría en ti su novio, yo celo mi ídolo, *mi Dios*, que tiemblo ver profanado». Y todo, porque la noche anterior tuvo un sueño. Mientras ella estaba en el teatro, Cepeda recibía en su casa la visita de una mujer de la que antaño estuvo enamorado, a la que gozaba con pasión en tanto pensaba: «¡Pobre Tula! ¡Y ella creerá que no voy al teatro por estudiar...!».¹³ Llegamos aquí a un momento crucial para comprender la concepción que Avellaneda tiene del amor, de esta pasión inaudita que ella ha descubierto en Cepeda. En su relación con el ursaeón el amor «tiene un componente místico, casi religioso». Es por ello que, en los momentos más álgidos de su pasión por Cepeda le llame «mi Dios», en sus cartas o se refiera a Él en sus poemas.¹⁴

A medida que pasan los días, la relación entre Gertrudis Gómez de Avellaneda e Ignacio de Cepeda se hace más turbulenta convirtiéndose para ella en un verdadero tormento. Debió ser en noviembre o a lo más en diciembre de 1839, —el comentarista no pone fecha a estas cartas— cuando Cepeda le escribió una a Tula, que ella consideró «dura, fría, atroz...», que está aquí delante de mí, helándome con cada una de sus líneas». Le responde inmediatamente, «no puedo acostarme sin contestarla al momento», con otra larga, apasionada, donde se manifiesta la tempestuosa relación a que han llegado. De nuevo, como reiteradamente le viene ofreciendo, Tula está dispuesta a dejarlo todo por él: «porque yo soy libre de fijarme en el país que me agrade, y madre, hermanos, patria, todo lo dejaría por habitar bajo el cielo que tú habitaras, si tú me dijese que necesitabas mi presencia para ser feliz».

Y llegamos ahora al momento álgido de la pasión romántica. Tula no encuentra explicación al sufrimiento de Ignacio, porque ella está dispuesta a todo, a dejar su familia, su patria, sus amistades, a dejarlo todo, «¿no sabes tú que yo renunciaría toda sociedad, toda diversión, a una sola insinuación tuya?». Cabe una posibilidad, que hasta ahora no ha manejado, y es que la familia de Cepeda le tenga concertado un matrimonio. Y estalla la vena romántica de Gertrudis Gómez de Avellaneda: «Si así es, Cepeda, dejemos esta horrible vida, este mundo en el cual ya estaríamos separados por una barrera insuperable. Muramos ambos, vida mía, y vamos a buscar juntos, delante de Dios, esa felicidad que no pudimos conseguir en la tierra».¹⁵

Ignacio de Cepeda es una persona retraída socialmente,

como ella se lo hace ver en muchas ocasiones, misántropo le llama, poco interesado en los bailes de sociedad y en las relaciones mundanas de la alta sociedad sevillana en la que ambos se desenvolvían:

«Estoy harto fastidiada ya de diversiones, pero por ser cosa del Liceo tengo que ir a pesar mío. Te aseguro que de tal modo me estoy poniendo misántropa como tú, que cuantos esfuerzos hago para ser lo que era son infructuosos y sólo sirven para fatigarme. Hago todo lo posible para aparentar alegría, animación, coquetería... (pues la coquetería es uno de los recursos contra la tristeza), pero nada consigo. Mi corazón está herido de muerte, amigo mío». Y terminaba la carta: «Adiós, ten compasión de una mujer que pudo ser algo en el mundo y que ya es nada. Anímame o mátame...; no hay para mí otra alternativa. ¡Tantos días sin verte! ¡Tienes de hielo el corazón! ¿Qué significa esto? ¿Te pesa ya mi amor?... Acaso te pese, pero no tanto como a mí la vida».¹⁶

En diciembre, Cepeda vuelve de nuevo a Almonte para continuar preparando la graduación. Desde la Posada de la Castaña, donde se aloja en Sevilla, le escribe la última carta de este año despidiéndose por unas semanas de la joven escritora. Tula le contesta inmediatamente:

«Cuando te digo que te amo, te lo digo sin turbación ni inquietud, porque este amor no es el amor vulgar de una mujer a un hombre, es el casto y ardiente amor de una alma pura y apasionada a otra alma digna de ella. Sentirlo, inspirarlo, me llena de orgullo, me engrandece a mis ojos y me hace probar un placer indefinible, celestial, que debe semejarse a la felicidad de los ángeles».

En febrero de 1840 obtiene la Licenciatura en Leyes. Se acabaron las excusas. Ahora tiene que hacer frente a la realidad. Ya no sirve escudarse en los estudios. El 15 de abril de 1840 Gertrudis Gómez de Avellaneda escribe de nuevo a Cepeda, después de haberse marchado este a Almonte. Desde el principio se nota un estilo frío, distante, tan diferente de las anteriores cargadas de pasión, de fuego, de sentimientos incontrolados. Ha llegado la hora de la ruptura:

«Largo tiempo me he hecho ilusión sobre tus sentimientos y he interpretado lisonjeramente la frialdad de tu conducta. En vano se me decían cosas, que debían desengañarme. Pero por fin te he visto anunciarme fríamente una separación acaso eterna, te he visto desechar sin conmoverte las proposiciones que una loca pasión me dictaba, te he oído confesar que tienes secretos, que no me juzgas digna de saber... Últimamente he sabido, positivamente, que otras distracciones más nuevas te ocupaban en las horas en que yo suspiraba por verte, y como no soy tonta, aunque ni sobrado confiada, vi por fin rasgarse el velo, que yo misma había puesto sobre mis ojos. ¡Sábelo Dios!: desde aquel momento miré rotos para siempre todos nuestros vínculos, pero no formé la menor queja de ti. Sólo una cosa pudiera reprocharte, y es la falta de franqueza, es no haberme dicho *ya no te amo*».

Termina la carta con el mismo tono frío, calculador, de quien domina la situación o, al menos, intenta demostrarlo:

«No es del caso decirte si he padecido mucho o poco al tomar la resolución de romper nuestros vínculos... ¿a qué conduciría eso? Basta que sepas que me hallo con valor para renunciar a tu amor sin morir, y que después de penosas luchas conmigo misma he triunfado de una pasión insensata. ¿Acaso no te amo ya? Soy demasiado franca para ocultar que te amo tanto como el día en que más te lo haya manifestado; pero confieso también que tengo en mí fuerzas superiores a las que creía encontrar, y que no creo difícil convertir mi amor en el afecto de una hermana. Como quiera que sea, es cierto que sólo deseo hoy ver a usted tranquilo y dichoso y merecer una amistad menos viva, pero más durable, que aquella que me hizo algún tiempo tan dichosa. Todos los otros vínculos que nuestros corazones hayan imprudentemente formado, quedan rotos desde hoy... ¡y ojalá pudiéramos aniquilar su

¹² *Autobiografía...*, págs. 111-112.

¹³ *Autobiografía...*, págs. 113-116.

¹⁴ CEPEDA: *Op. cit.*

¹⁵ *Autobiografía...*, págs. 121-122.

¹⁶ *Autobiografía...*, págs. 124-125.

memoria! ¡Adiós!: escríbame usted directamente».¹⁷

Las cuatro últimas cartas que Tula le escribe en Sevilla tienen un contenido muy distinto a toda la correspondencia anterior. Los sentimientos han dejado paso a sus preocupaciones literarias, a la representación exitosa de una obra de teatro suya, comentarios sobre lo que está ocurriendo en Sevilla en esos días, etc. En la última, comenta una opinión de Cepeda que le echa en cara estar más preocupada por contar con el fervor de la opinión pública, que por el afecto de las personas que la quieren: «¡Busco yo la opinión pública con preferencia a los más dulces afectos!... ¡los más dulces afectos! ¿es usted quien lo dice? Usted, a quien mi corazón lo ha prodigado. Usted, que era mi universo, y por quien yo hubiera sacrificado no solamente los inconstantes y frívolos elogios del mundo, sino también todo aquello que no era usted... ¿Usted dice que yo aprecio más que a los afectos el sufragio del mundo?...»¹⁸

Madrid

En el otoño de 1840 se traslada con su hermano Manuel a Madrid y se aloja en la casa nº 3 de la calle Clavel. Su marcha a la capital de España está motivada por asuntos de carácter económicos que tenía que resolver con su padrastro, y también para poner tierra de por medio a sus sentimientos, a su fracaso amoroso que había tenido como escenario a Sevilla. El Liceo la acoge con extremada cordialidad y empieza a publicar, primero poesías, después obras de teatro, novelas, artículos... Ciertamente, Tula llega a Madrid avalada por los poemas publicados en el periódico gaditano *La Aurora* con el pseudónimo de La Peregrina, con el éxito de la representación en Sevilla en ese mismo año de 1840 de su drama *Leoncia* y con cartas de recomendación de Alberto Lista. Además, contaba ya con el aprecio de figuras tan importantes como Manuel José Quintana, Juan Eugenio Hartzenbusch, José Zorrilla o Nicomedes Pastor Díaz, que le facilitan su rápida integración en el mundo literario madrileño de primera fila. A ello hay que añadirle su belleza física, de mujer de rompe y rasga, como la recuerda Zorrilla: «La mujer era hermosa de grande estatura, de esculturales contornos, de bien modelados brazos y de airosa cabeza, coronada de castaños y abundante rizos, y gallardamente colocada sobre los hombros. Su voz era dulce, suave y femenil; sus manos delicadas y flexibles».¹⁹ No cabe la menor duda de que su aspecto físico permitió que fuese tolerada en un ambiente dominado exclusivamente por hombres. Por ello afirma Mercedes Arriaga que «su belleza, que tantos elogios le valió por parte de los escritores de su época, fue para Gertrudis una especie de pasaporte que le abrió las puertas del éxito literario; pero al mismo tiempo, una buena parte de esos escritores nunca aceptaron su condición de mujer».²⁰

Sin embargo, la tristeza no la abandona. En la primera carta que le escribe a Cepeda desde Madrid, le dice: «En efecto, estoy algo mejor, moralmente, que en Sevilla, pero *no en amores*, como usted supone (que ya para mí no existen), sino porque aquí me he consagrado exclusivamente a la literatura». Y más adelante, vuelve de nuevo a referirse a su estado anímico: «Ya ve usted que no pienso en *amores*..., para mí pasó la juventud del corazón, amigo mío. Sólo me queda de sus última ilusiones un recuerdo profundo de amargura y una cicatriz eterna que señale el lugar en que estuvo la herida, como la losa que marca un sepulcro... ¡Ah, sí!... La comparación, aunque triste, es exacta: mi corazón es el sepulcro en que yacen yertas e inanimadas todas mis esperanzas de ventura».²¹

¹⁷ *Autobiografía*..., págs. 130-132

¹⁸ *Autobiografía*..., págs. 141-142

¹⁹ ZORRILLA, José: *Recuerdos de un tiempo viejo*. Obras Completas, t. II. Valladolid, Librería Santarén, 1943, pág. 2051.

²⁰ ARRIAGA FLOREZ, Mercedes: "Pido la palabra para amar" *En Palabra de mujer*, vol. I. Sevilla, Instituto Andaluz de la Mujer, 2005, pág. 3.

²¹ *Autobiografía*..., págs. 142-143.

Más de dos años transcurrieron sin que Ignacio y Tula mantuvieran relación epistolar. De nuevo es ella la que toma la iniciativa y el 13 de marzo de 1843 le escribe a Cepeda y le recuerda que «nada han tenido que decirse en el espacio de más de dos años aquellos que en otros días se confiaban secretos íntimos del corazón. ¿Cuál de los dos puso la primera piedra para esta muralla de separación? No quiero decirlo; sólo me basta para mi satisfacción el saber que soy la primera en derribarla». Tula vive en Madrid con su familia en un piso de la calle Desengaño, nº15 e invita a Cepeda a que vaya a verla, antes de que se marche a Italia, pues tiene pensado hacer un viaje al extranjero.

Pero Cepeda no va. Excusas, «mentirillas», como ella le dice, para evadir el compromiso. «Es una vergüenza que no vengas a Madrid, y una ingratitud que dejes se marche sin verte una amiga que, si no la más querida, es sin duda la más apasionada de cuantas tienes».²²

La correspondencia con Ignacio de Cepeda ha bajado notablemente en cantidad e intensidad. A partir de ahora se forja una sincera amistad, que reemplaza al amor imposible que soñó en las noches de Sevilla. Desde 1843 se dirige a Cepeda de tú y firma las cartas habitualmente con el nombre de Tula.

En 1844 Gertrudis conoce al poeta sevillano Gabriel García Tassara. Nace entre ellos una relación turbulenta basada en el amor, los celos, el orgullo... Tassara quiere conquistar a la escritora, para destacar sobre la cohorte de admiradores que la asedian; pero sólo quiere eso, la conquista. Ella le responde con arrogancia y coquetería, que él interpreta como egolatría, ligereza y frivolidad. Tassara gana. Conquista a Tula, pero no quiere casarse con ella. Se queda embarazada. La escritora se hunde cuando Tassara se niega a conocer a su hija, que nace muy enferma y morirá siete meses después. Madre soltera en el Madrid de mediados del XIX considera que su carrera como escritora está terminada. Escribe *Adiós a la lira*, una despedida de la poesía. Rompe sus relaciones con Tassara, y Cepeda le comunica que piensa casarse. Tula le contesta:

«¿Con que piensas casarte?... No te lo censuro, ni lo apruebo. Para mí la verdadera felicidad no consiste en el estado que se tiene; así como no creo que la bondad de los Gobiernos consista en su forma. El matrimonio es mucho o poco según se considere: es absurdo o racional según se motive».

Poco después de escribir esto, en 1846 se casa con Pedro Sabater, que morirá un año después.

De nuevo Cepeda

Es ahora, en 1847, cuando de nuevo reverdece el amor de Tula por Ignacio y se ratifica en unos sentimientos que nunca la abandonaron. El 14 de febrero de 1847 le escribe una carta en un tono distinto al empleado en los últimos años. Llegado un momento, le espeta: «ven, deja por un mes siquiera ese clima de juventud y ardores; ven bajo el templado y con frecuencia nublado cielo de Castilla. Aquí se siente de otro modo, y creo que todavía tendría yo un destello de poesía para celebrar tu venida, y un lado vivo en el corazón para aposentar recuerdos que nos habían de enternecer. [...]. Tu amistad conservará tal vez perfumes que le asemejen al amor, y la mía podrá participarlos. ¡Pero no quieres! Amas tu Sevilla con su implacable sol, con sus flores impertinentes de lozanía perpetua, con sus mujeres que no envejecen a los treinta años porque no sienten nunca; las amas y es probable que yo encuentre el reposo final antes que tú el cansancio de esos goces».²³ Finalmente, Cepeda fue a Madrid y allí pasó el mes de octubre de 1847, una vez rota la relación que a punto estuvo de llevarlo al altar, refugiado en los brazos de Tula:

«Tú, según he comprendido –le reprocha la escritora–, viniste a Madrid huyendo de un amor profundo, que acaso quieres vencer, amor que juzgaste tan fuerte, que dijiste: yo no viviré mucho, cuando muera, decídele que la he amado.

²² *Autobiografía*..., pág. 145.

²³ *Autobiografía*..., pág. 155.

[...]. Viviste, y mientras llegaba el caso de morir, víctima de tan acendrada pasión, quisiste que mi amistad te endulzara la expectativa, que te entretuviera, como se te escapó decir anoche. [...] Eres singular. Tu talento se eclipsa a veces de una manera inverosímil. Escucha: tú no me has conocido sino por una de mis fases: por la de mi corazón: ignoras completamente cuál es la de mi cabeza: ignoras que si yo quisiera consultar solamente mi talento y mi conocimiento del corazón humano; si dejase obrar a mi vanidad de mujer y a mi experiencia de filósofo, ni tu amor a esa que lloras, ni tu calma, ni tu hastío, ni nada te salvaría, a ti que quieres salvarme. Sí; yo te dominaría con mi cabeza fría; te subyugaría a mi placer; te volvería loco si se me antojase».²⁴

Durante la temporada que Cepeda pasa en Madrid, Tula le escribe largas cartas en las que pone de manifiesto el amor apasionado que siente por él. Parece como si el tiempo no hubiera pasado, como si nada hubiera ocurrido y continuaran en el verano del 39. Una mujer madura, quizá precozmente, madre soltera, viuda, desnuda sin pudor sus sentimientos ante el hombre que jamás ha dejado de amar: «... acabo diciéndote que te amo, y que te he mentido siempre que lo contrario haya dicho. Haz tú de ese amor lo que quieras, hazlo un culto, una pasión loca o una amistad tierna; creo que puedes darle carácter a tu placer, y que yo siempre quedaré contenta con tal que, ya me hagas tu amiga, ya tu amante, sepas comprender que soy exclusivista y exigente y que no tolero nada a medias». En otra carta le asegura: «... sé si que te quiero más que a ninguno de los hombres que conozco, y que tu aprecio es para mí una necesidad».²⁵ Y termina sus cartas de una manera más cercana, más cariñosa: «te abraza»; «te quiere siempre»; «nadie te quiere como yo»...

Tula está ilusionada. Carmen Bravo-Villasante afirma que «con todas sus altiveces, está rendida, completamente rendida al amor de Cepeda, y ya no trata de disimular sus sentimientos ni de ser cauta».²⁶ Cree que esta vez Cepeda permanecerá para siempre a su lado, y algo de ello debió decirle a su madre, como se deduce de una carta que ésta envió a su hija, de la que hizo llegar a Ignacio algunos fragmentos de la misma:

«Háblame mucho de C[epeda]; bien sabes que lo quiero como a un hijo. Mi deseo sería... Es tan buen sujeto, estoy tan persuadida de que te tiene mucha simpatía y que tú eres una persona que te haces querer por todos los que te tratan, que no me sorprendería que tú y él se hiciesen algo más que amigos, y yo, Tula mía, me alegraría en el alma, porque es un sujeto que merece el mayor aprecio y es digno de todo».

«Siempre deseo con impaciencia tus cartas; pero ahora más —continúa en otro párrafo la madre—, porque se me figura que he de ver alguna en que me digas que C. te quiere y que tú le quieres a él. Pienso mucho en eso, porque... etc., etc. Yo no he de ser tan dichosa que vea realizado mi deseo, pero me sirve de gusto el pensar en eso y ver que no es imposible».²⁷

Pero Cepeda no está en ello. Él fue a Madrid buscando el hombro de la amiga donde apoyar su cabeza nimbada por el sufrimiento de un fracaso amoroso, y se encontró con los brazos abiertos de una amante apasionada, pero complicada y contradictoria. Y esto le asusta. Por eso, durante los últimos días ha vuelto a su táctica habitual, a parapetarse en los ataques —la amenaza con preguntarle a Tassara, que es amigo suyo, sobre la relación que mantuvo con Tula—, a lo que ella le responde con una valentía, que contrasta con la cobardía del urso: «yo no temo que hables de mí con Tassara, porque yo te he dicho más de lo que por él puedes saber».²⁸ La acusa de ser la causa de sus sufrimientos, de amargarle la existencia, para, de esta forma, justificar su marcha a París, que se la comunica justamente el día antes de su partida:

«La mujer a quien acusas, a quien llamas tu verdugo, te ha amado con un amor que no volverás a inspirar; con un amor que ninguna otra mujer es capaz de sentir. Ayer eras todavía a mis ojos el hombre de mis sueños; la adorada realidad del idealismo de mi juventud. En mi carta de ayer te he llamado mi vida, mi esperanza, mi bien; te pedía que vinieses a mí en aquel momento, en que te escribía para jurar en tus brazos ser tuya hasta morir, y morir cuando te perdiere, cuando cesases de amarme. Viniste, en efecto, poco después y fue para decirme tranquilamente, tan tranquilamente que no pude creer que fuese verdad, que te marchabas mañana a París»[...].

«Tú te has decidido a irte ahora, sabiendo que poco más tarde hubiéramos podido hacer juntos el mismo viaje; sabiendo que ahora más que nunca me había de lastimar tu ausencia. Sea esta resolución tuya indiferencia y desamor absoluto; sea, como dijiste, que me *huyes por demasiado amor*».

Y finaliza la carta: «¡Tú rompes todos nuestros lazos antiguos y nuevos: todos!

»Tu amante, ultrajada, no puede ser tu amiga».²⁹

Tula somatiza el desengaño, como es habitual en ella, con unas fuertes jaquecas que la mantienen en la cama casi todo el día. Por la tarde vuelve a escribirle a Ignacio, para ratificarse en lo expresado en la anterior carta: «Te he dicho que, si te vas, *todo* queda roto, todo queda concluido entre nosotros de una manera absoluta, y en esto mi resolución es irrevocable, porque es necesaria. Yo te perdono todo, te dejo completamente libre para disponer de tu persona, según tu antojo o conveniencia; te declaro que nada tienes que ver conmigo en lo sucesivo, ni como mero conocido. [...] Tu marcha es el golpe que todo lo rompe. Adiós, Cepeda —termina la carta—; sé justo con la que te ha amado, con la que te amará eternamente, si tú lo hubieras querido».³⁰

La poetisa está destrozada, hundida. Ha sido un mes de intensas emociones que ha plasmado en unas cartas escritas apasionadamente, por eso: «quisiera deberte un favor, y es que me dejes tus cartas y me devuelvas las mías; es decir, las que te he escrito desde que estás en Madrid. Han sido un episodio extraño en nuestra amistad, y me darás un placer en devolverme esas páginas intrusas, que te disgustaban por ser largas».³¹

Ignacio se marcha a París y Tula se retira unos días en el convento de Loreto, de Madrid, para consagrarse a Dios. La muerte de Sabater ha avivado un fervor religioso que permanecía latente, y a partir de ahora adquirirá nuevas dimensiones hasta alcanzar en algunos momentos grados de misticismo. A finales de este año de 1847 escribe dos cartas a Cepeda, que ya está en Francia. No quiere perder su amistad, aunque las cartas son de contenido circunstancial, nada personal. En febrero de 1850 Tula recibe una carta de Ignacio «después de un siglo de un silencio de muerte». Le contesta con una larga misiva transida del sentimiento religioso en el que se ha refugiado, aunque se percibe que no se resiste a perder a Cepeda. En su corazón existe la esperanza.

La soledad de Tula

La última epístola que le escribe a Ignacio tiene fecha 26 de marzo de 1854. Su madre está muy enferma y ella piensa ingresar en un convento o marcharse a América cuando fallezca. Pero quiere darse otra oportunidad, porque todavía alimenta ilusiones. Precisamente por ello, le pide a Cepeda que vaya a Madrid, «para que te vea en él, y que tal vez tus consejos me guíen en la elección del partido irrevocable que pienso abrazar si Dios dispone de mi madre y yo la sobrevivo. [...] Siempre eres mi primer amigo; el hombre de mi confianza; de mi estima; de mi fe. Todos los indicios, que en tu proceder haya podido ver de que no eres mejor que el resto de la humanidad, no han sido bastante a destruir aquella persuasión instintiva de que eres bueno, de que eres leal, de que eres una noble naturaleza excepcional en esta mísera raza; y

²⁴ *Autobiografía...*, págs. 178-179.

²⁵ *Autobiografía...*, págs. 167-68; 175.

²⁶ BRAVO-VILLASANTE, C.: *Op. cit.*, pág. 124.

²⁷ *Autobiografía...*, pág. 176.

²⁸ *Autobiografía...*, pág. 164.

²⁹ *Autobiografía...*, págs. 189-191.

³⁰ *Autobiografía...*, págs. 192-193.

³¹ *Autobiografía...*, pág. 194.

yo soy una criatura que, a pesar suyo, consulta más a sus íntimos que a su razón. Te quiero, pues, todavía; todavía creo, *a pesar de todo*, en tu amistad; y todavía anhelo que tengas alguna parte en la decisión de mi destino futuro. Ven, pues, este verano o este otoño; ven para que tu amiga te cuente todas sus vacilaciones y disgustos, y para que la dirijas en sus resoluciones. [...] Cuando nos veamos, sí; porque cuento que nos veremos sin falta».³²

Una vez más el taimado Cepeda no era sincero con ella. Le ocultaba que estaba preparando su boda, y esta vez la cosa iba en serio: en junio se casaba con María de Córdova y Goyantes. Tula no volvió a escribirle más. Ya le había dicho en 1847, cuando de nuevo brotó la esperanza, que no soportaría verlo casado: «Llegará, sin embargo, un día en que tú ames de otro modo: tendrás una mujer para tu cuerpo; sé que es preciso; tendrás una querida o una esposa. Lo primero creo que no me haría desgraciada, creo que podría soportarlo; lo

³² *Autobiografía...*, págs. 204-205.

segundo... no sé, no quiero saberlo».³³

Dos años después, en 1856, Tula se casa de nuevo con un político de gran influencia, el coronel Domingo Verdugo. Con él vuelve a viajar. Tras una estancia en el norte de España, regresa a Cuba después de veintitrés años, donde permanecerá cinco agasajada por sus compatriotas. El Liceo de la Habana la proclama poetisa nacional. La muerte de su marido a finales de 1863 acentuó su espiritualidad y entrega a una severa devoción religiosa. Al año siguiente salió de Cuba para Estados Unidos. Ya no volvería más a su isla. Tras unas breves estancias en Londres, París y Madrid, fija su residencia en Sevilla en 1865. Pasa temporadas en Puerto Real, lugar de veraneo de las clases altas sevillanas. En 1870 vuelve de nuevo a Madrid donde falleció el 1 de febrero de 1873 a los cincuenta y nueve años. Su último viaje, ya sin vida, lo hace a Sevilla, lugar elegido por ella para descansar eternamente en la tierra de sus dos grandes amores: su padre e Ignacio de Cepeda.

³³ *Autobiografía...*, pág. 188.



VIRIATO EN EL ÁMBITO URSONENSE

Por
MAURICIO PASTOR MUÑOZ
Catedrático de Historia Antigua
Universidad de Granada

VIRIATO ejerció un incuestionable liderazgo entre los habitantes de *Urso* (Osuna) de donde –como veremos más adelante– precisamente, eran oriundos los personajes que acabaron con su vida. Sin embargo, son muy escasas las fuentes antiguas que hacen referencia al paso de Viriato por Osuna o por sus alrededores.¹

Durante la larga conquista romana de Hispania (ca. 200 años), fueron muchos los jefes militares indígenas que forjaron el poder romano, pero de muy pocos podemos reconstruir su historia. De algunos tan sólo conocemos sus nombres: *Indibil* y *Mardonio*, *Púnico*, *Caisaros*, *Caicenos*, *Curio*, *Apuleyo*, *Tautalos*, *Retogenes*, *Corocotta*, los ursonenses, *Audax*, *Ditalcos* y *Minuros*, y por supuesto, *Viriato*. Todos fueron jefes y líderes de sus ejércitos y pueblos respectivos, y todos tuvieron que luchar enconadamente contra los generales del ejército romano. Sin duda, fueron hombres singulares en el mundo indígena hispano, aunque desconocemos los pormenores de su trayectoria política y militar. Sabemos que muchos de ellos eran jefes militares de importantes poblaciones del territorio bético o lusitano, como *Baikor*, *Tucci*, *Astigi*, *Tribola*, *Conistorgis*, *Obulcula*, *Erisana/Arce*, o *Urso*, citadas en los textos clásicos. En muchas de ellas había partidarios de los romanos y de los lusitanos, que inclinaban la política alternativamente en favor de unos u otros. Entre los pro-lusitanos había aristócratas locales, destacados guerreros de Viriato, pero también propietarios de tierras y de ganado, como los propios asesinos de Viriato: *Audax*, *Ditalcos* y *Minuros* o *Nicorontes*,² que recelaban del poder que Viriato había alcanzado y de sus pactos con los romanos.

¹ Cf. al respecto, CHIC, G.: “Una visión de Urso a través de las fuentes literarias antiguas”, en F. Chaves Tristán (Ed.): *Urso. A la búsqueda de su pasado*, Osuna, 2002, pp. 188-213; PASTOR, M.: “Osuna en las fuentes clásicas (*Urso Genetiva Urbanorum*)”, en A. Engel y P. París, *Una fortaleza ibérica en Osuna*. Estudio preliminar y traducción de J. A. Pachón, M. Pastor y P. Rouillard, Coll. ARCHIVUM, 73, Granada, 1999, pp. LXXXV-CXXI.

² El nombre *Nicorontes* lo da Diodoro (XXXIII, 31), mientras que el de *Minuro* se puede ver en Apiano (Iber. 71) y también en el papiro de Oxyrrinco (Oxyrh, 197).

Viriato, es, sin duda, el mejor ejemplo y el máximo exponente de estos jefes guerreros del mundo indígena hispano y del que mayor documentación tenemos.³ Su historia trasciende la realidad hasta convertirse en leyenda. Es uno de los grandes héroes hispanos en los que más difícil resulta separar el punto donde termina la historia y donde empieza la leyenda.⁴



1. GUERRAS LUSITANAS Y CAMPAÑAS DE VIRIATO.

³ Los principales autores son: Apiano (Iber. 60-75) que se basa en Polibio y Diodoro de Sicilia (Biblioth. Hist. II, 33, 1, 7, 19 y 21a) que se basa en Posidonio (la descripción de Polibio se ha conservado en Estrabón (III, 3, 5) y la de Posidonio en Diodoro); lo citan también, Tito Livio (perioch. LII-LIV) y Dion Casio (frg. 73,77, 78); datos aislados se han conservado también en Floro, Orosio, Justino, Eutropio, Veleyo Patéculo, Cicerón, Aurelio Victor, Frontino y Silio Itálico. La tradición oral o escrita ibérica-lusitana no dejó nada escrito sobre su persona.

⁴ En otros trabajos he analizado detenidamente los diferentes aspectos de la vida de Viriato (origen, nombre, juventud, personalidad, estrategia, boda, reparto del botín, fama, etc.); también he analizado en extenso las guerras lusitanas (conquista y desarrollo), así como otros aspectos sobre los lusitanos (etnias, tribus, sociedad, economía, religión, etc.), a los que remito para su estudio. Cf. PASTOR, M.: *Viriato. El héroe hispano que luchó por la libertad de su pueblo*, Madrid, 2004 (Lisboa, 2006); IDEM, *Viriato. La lucha por la libertad*, Madrid, 2000 (Lisboa, 2003, París, 2009); IDEM, “La figura de Viriato y su importancia en la sociedad lusitana”, *Sociedad y cultura en la Lusitania romana. IV Mesa Redonda Internacional*, Mérida, 2000 pp. 35-52. En Viriato es muy difícil separar la historia real de la ficticia. Por esta razón, para la reconstrucción de la vida e historia de Viriato he utilizado los datos que transmiten los analistas greco-romanos y las leyendas que ha generado la historiografía posterior.

Veamos algunos datos históricos sobre el personaje. Sabemos que Viriato⁵ vivió a mediados del siglo II a.C. en la provincia hispana que los romanos denominaron *Lusitania*, cuya delimitación precisa es aún, hoy día, problemática, pero que abarcaba territorios portugueses y españoles⁶, de aquí que historiadores de ambos países se hayan disputado, desde siempre, su lugar de nacimiento, dando origen a una larga polémica nacionalista, tan absurda como estéril, toda vez que, por entonces, ni España, ni Portugal existían como estados independientes.⁷



2. La guerra en Lusitania en el 141 a. C.: 1. Campañas de Serviliano. 2. Retirada de Viriato. 3. Frentes lusitanos.

Viriato aparece en la documentación histórica durante las guerras lusitanas y celtibéricas que Roma sostuvo en Hispania⁸, concretamente, en las campañas contra Cayo Vetilio,

⁵ El *nomen Viriathus* deriva del ibérico *viria*, que significa “pulsera”, “brazalete”, una abreviatura del celta *viriola*. No tiene nada que ver con el término latino *vires* = “hombre”, “varón”, aunque tenga la misma raíz. *Viriathus* es similar a *Torquatus*, cuyo significado sería el mismo. *Viriathus* sería el portador de los *viria* (brazaletes) en el brazo y *Torquatus* el que lleva *torques* (collar) en el cuello. El nombre es más céltico que ibérico como demuestran los topónimos y las inscripciones aparecidas en las provincias del Danubio, la Galia Cisalpina y la Provenza y es frecuente en Lusitania septentrional y meridional, donde había población celta. Según Estrabón y Diodoro, los celtas apreciaban mucho los brazaletes de plata y oro. Las estatuas de los guerreros galaico-lusitanos aparecen con estos adornos. También en Portugal se han hallado con frecuencia esculturas de estatuas con brazaletes.

⁶ La descripción más completa de Lusitania la ofrece Estrabón (III, 3, 3-4). Cf. SCHULTEN, A.: *Fontes Hispaniae Antiquae*, VI, Estrabón. *Geografía de Iberia*, Barcelona, 1952; BLÁZQUEZ, J. M.: “La Iberia de Estrabón” *Hispania Antiqua*, I, 1971, pp. 7 ss.; CRUZ ANDREOTTI, G. (Ed.) *Estrabón e Iberia: Nuevas perspectivas de estudio*, Málaga, 1999, pp. 121 ss. El territorio lusitano estaba integrado por diversos pueblos, como los célticos, túrdulos, vetones, paesuros, lusitanos propiamente dichos, e incluso parte de los galaicos, cuyas diferencias y conexiones entre sí no siempre están claras en las fuentes clásicas. Hoy por hoy es prácticamente imposible diferenciar lo lusitano como una unidad étnica y geográfica distinta de las otras regiones de la Península Ibérica.; *vid.* RODRÍGUEZ DÍAZ, A.: “Territorio y etnias prerromanas en el Guadiana Medio: Aproximación arqueológica a la Beturia Túrdu-la”, *Celtas y Turdulos: La Beturia*, Mérida, 1995, pp. 205-254; PÉREZ VILATELA, L.: *Lusitania. Historia y Etnología*, Madrid, 2000.

⁷ Cf. principalmente, PASTOR, M.: *Viriato. El héroe hispano...* *Op. cit.* pp. 213 ss.; *vid.* también, GUERRA, A. y FABIÃO, C.: “Viriato: Genealogía de un Mito”, *Penélope*, 8, 1992, pp. 9-23; IDEM, “Viriato: em torno da iconografia de um mito”, *Mito e símbolo na história de Portugal e do Brasil, Actas dos IV Cursos Internacionais de Verão de Cascais (7-12 de Julho de 1997)*, Cascais, 1998, pp. 33-79.

⁸ Para el desarrollo de las guerras y el análisis de las fuentes, *vid.* principalmente: PASTOR, M.: *Viriato. El héroe hispano...* *Op. cit.* pp. 153-194; *vid.* también, SCHULTEN, A.: “Viriathus”, *Neue Jahrbücher*, 39, Heidelber, 1917, pp. 209-237 (= “Viriato”, *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo*, II, Santander, 1920, 1-3, pp. 126-149 y 1,4,5 y 6, pp. 272-281); SIMON, H.: *Roms Kriege in Spanien*, 154-133 v. Chr., Frakfurt del Meno, 1962; pp. 66 ss., 89 ss. y 116 ss.; BOSCH GIMPERA, P. y AGUADO BLEYE, P.: “La conquista de España por Roma (218 a 19 a.C.)”, Cap. III, “Las guerras de lusitanos y celtiberos contra Roma. Primer período (154 a 143): Viriato”, en *Historia de España de R. Menéndez Pidal*, Madrid, 1962, pp. 116 ss.; GUNDEL, H. G.: “Viriato, lusitano, caudillo en las luchas contra los romanos, 147-134 a.C.”, *Caesar Augusta*, 31-32, 1968, pp. 179 ss.; MONTENEGRO, A.: “La conquista de Hispania por Roma (218-19 a.C.)”, Cap. III: Las guerras de

cuando los lusitanos lo eligen como jefe. Los acontecimientos ocurridos los conocemos por Apiano:

No mucho después, cuantos escaparon a la perfidia de Lúculo y Galba, reunidos hasta 10.000 invadieron la Turdetania. Contra ellos se dirigió Cayo Vetilio, llegado de Roma con algunas tropas nuevas a las que juntó las que había en Hispania, unos 10.000 en total. Sorprendiendo a los lusitanos en sus correrías, mató a muchos y obligó a los restantes a refugiarse en un lugar, provocándoles una situación difícil, pues quedándose allí sucumbirían al hambre y, si salían, a los romanos. En vista de esto, los lusitanos enviaron una legación con ramos de olivo a Vetilio pidiéndoles tierras para establecerse y prometiéndole permanecer sometidos al pueblo romano en adelante. Vetilio prometió darles tierras y se dispónia a formalizar el pacto cuando Viriato, que había logrado escapar de la crueldad de Galba y se hallaba entre ellos, les puso en guardia contra la perfidia de los romanos, recordándoles cuántas veces les habían atacado faltando a sus juramentos y cómo aquel ejército no era otra cosa que los restos escapados a los perjuros de Galba y Lúculo, diciéndoles que no desearan salir de aquella situación si querían obedecerle.⁹



3. MURALLA DE URSO (OSUNA, SEVILLA).

Su carisma, su prestigio, su oratoria y su experiencia fueron las virtudes que le llevaron al liderazgo entre sus compatriotas. Según Apiano, le nombraron jefe o caudillo (*hegemon* = “conductor de grupos”) por ser el más cualificado para asumir el mando militar del grupo:

Animados y llenos de moral, eligieron a Viriato como jefe. Éste colocó a todos los hombres de frente, como en disposición de combate, ordenándoles que cuando montaran a caballo, se dispersasen en todas las direcciones y huyesen como pudieran por caminos diversos hasta la ciudad de *Tribola* y que allí le esperasen. Por otra parte, seleccionó a un millar de jinetes para que quedasen junto a él. Dispuestas estas cosas, Viriato montó a caballo y los lusitanos se dieron a la fuga. Vetilio no se molestó en perseguir a quienes huían en dispersión, sino que se dirigió contra Viriato, que permanecía en guardia y atento a los acontecimientos para entablar combate con él. Pero Viriato con sus velocísimos caballos, pasó todo aquel día y el siguiente corriendo por la llanura, hostigándole, replegándose, haciéndole frente de nuevo y atacándole.¹⁰

Sabemos también que fue uno de los supervivientes de la matanza del pretor Galba, pero ignoramos la fecha y el lugar de su nacimiento, así como el nombre de sus padres, su infancia y su juventud. La tradición histórica sistemáticamente lo ha convertido en un pastor de ganado, pero los trazos sobre su personalidad recogidos en los autores antiguos, que lo presentan como un hombre sobrio, enérgico, justo en el reparto del botín y fiel a la palabra dada, con absoluto desprecio por el lujo y las comodidades, y un excelente estratega, permiten considerarlo como un verdadero político, jefe militar indiscutible de los lusitanos y defensor de su libertad y no en un

Lusitania (155-138) y Celtiberia (153-133)”, en *Historia de España de R. Menéndez Pidal*, II, 1: “La conquista y la explotación económica”, Madrid, 1982, pp. 89 ss.

⁹ Apiano, *Iber.* 6, 11, 61. *Vid.* GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J.: Apiano: *Sobre Iberia y Aníbal*, Madrid, 1993; *Vid.* también, SANCHO, A.: “Consideraciones en torno al testimonio de Apiano y Diodoro como fuente para las guerras celtibero-lusitanas”, *Actas del VI Congreso Español de Estudios Clásicos*, II, 1983, pp. 9 ss.

¹⁰ Apiano, *Iber.* 6, 11, 62.

rudo pastor de las montañas lusitanas.¹¹
Diodoro de Sicilia, siguiendo a Posidonio, dice de él:

El lusitano Viriato, de oscuro linaje, según algunos, pero famosísimo por sus hazañas, ya que de pastor se hizo bandolero y después general, era por sus condiciones naturales y por los ejercicios que hacía extremadamente rápido en la persecución y en la huida y muy fuerte en la lucha a pie firme. Los manjares comunes y una bebida sin refinamientos eran los que con mayor placer tomaba: pasó la mayor parte de su vida al aire libre, y se contentó siempre con los lechos que la misma naturaleza le ofrecía. Por esta causa fue superior a toda clase de cansancios e inclemencias, nunca sufrió del hambre, ni se lamentó de ninguna contrariedad, sabiendo sacar provecho de todas las circunstancias desfavorables. Dotado tanto por la naturaleza como por su cuidado de estas cualidades físicas, sobresalía en mucho más por las cualidades de su espíritu. Era rápido en comprender y en ejecutar lo debido, viendo a un tiempo lo que debía hacerse y la oportunidad para ejecutarlo, capaz también de fingir conocimiento de lo más recóndito e ignorancia de lo más evidente. Tanto en el mando como en la obediencia aparecía siempre el mismo, ni modesto ni soberbio; sino que por humildad de su origen y por el prestigio de su poder consiguió no ser ni inferior ni superior a nadie. En suma, no emprendía la guerra ni por avaricia, ni por amor al mando, ni por cólera, sino que la hacía por ella misma, y es por esto sobre todo que fue temido por belicoso y conocedor del arte bélico.¹²



4. GUERRERO IBÉRICO CON ESCUDO (OSUNA, SEVILLA).
DE PARECIDA FORMA SE EXPRESA DIÓN CASIO:

Viriato fue un lusitano de origen oscuro, según algunos, que logró gran renombre con sus hazañas, ya que de pastor llegó a ser ladrón y más tarde incluso general. Tenía buenas condiciones naturales y también se entrenó para ser muy ágil tanto en la persecución como en la huida y tenía una gran resistencia en el combate directo. Estaba satisfecho con cualquier comida que tuviese y cualquier bebida le satisfacía; la mayor parte de su vida la pasó al raso y estaba satisfecho con lo que la naturaleza le daba. En consecuencia, era indiferente al calor o al frío, y nunca se vio molesto por el hambre o por cualquier otra privación; pues satisfacía todas sus necesidades con cualquier cosa que encontrase a mano, como si fuese la mejor. Además de poseer un cuerpo que resultaba de la naturaleza y el entrenamiento, era todavía mejor en sus poderes mentales. Era rápido para planear y llevar a término cualquier cosa que fuese necesaria, pues no sólo sabía qué se debía hacer, sino que también entendía cuál era el momento oportuno para hacerlo; y

¹¹ PASTOR, M.: *Viriato. El héroe hispano...* Op. cit. pp. 37-60; vid. también, GARCÍA MORENO, L. A.: "Infancia, juventud y primeras aventuras de Viriato, caudillo lusitano", *De Gerión a César. Estudios históricos y filológicos de la España indígena y romano-republicana*, Alcalá de Henares, 2001, pp. 139-152; PÉREZ VILATELA, L.: *Lusitania. Historia y Etnología*; Madrid, 2000, pp. 259 ss.; LÓPEZ MELERO, R.: "Viriatius Hispaniae Romulus", *Espacio, Tiempo y Forma*, II, *Historia Antigua*, 1988, pp. 247 ss.; GUERRA, A. y FABIÃO, C.: "Viriato: genealogía de un mito", art. cit. pp. 12 ss.; ALVAR, J.: "Héroes ajenos: Aníbal y Viriato", *Héroes y Antihéroes en la Antigüedad Clásica*, Madrid, 1997, pp. 137 ss.; GARCÍA QUINTELA, M. V.: *Mitología y mitos de la Hispania prerromana*, III, Madrid, 1999, pp. 213 ss.

¹² Diodoro, *Bib. Hist.* XXXIII, 1-6; Cf. TORRES ESBARRANCH, J. J.: *Diodoro de Sicilia. Biblioteca Histórica. Libros IV-VIII*. Ed. Gredos, Madrid, 1993; MUÑOZ MARTÍN, M. N.: *España en la Biblioteca histórica de Diodoro Siculo*. Introducción, traducción y notas, Granada, 1976.

también era inteligente cuando fingía ignorar los hechos más obvios y conocer los secretos más ocultos.... En resumen, él llevaba adelante la guerra no por la búsqueda de ganancias personales, o de poder, o movido por la ira, sino por el placer de las hazañas de la guerra en sí mismas, pues se le consideraba a la vez un amante de la guerra y un señor de la guerra.¹³

Viriato se presenta en ambos pasajes como un hombre, cuya fortaleza y virtud han surgido de su vivencia juvenil en un estado de naturaleza. Vivir en un medio hostil, probablemente en zona de montaña, entre piedras y animales, le va a dotar de una gran capacidad de sufrimiento y de gran agilidad física, expresadas en una fundamental autarquía con desprecio de las riquezas y los lujos de la vida "civilizada". Una vez que se convirtió en jefe y general de los lusitanos, Viriato se caracterizó por su extremada justicia para con sus compañeros, compartiendo siempre con ellos todos los bienes por igual. Viriato poseía también una sabiduría natural innata, de enorme valor en la toma de decisiones, a pesar de no haber tenido una educación reglada. Sus razonamientos solían ser muy acertados «como correspondía a su naturaleza no torcida ni educada por ningún maestro». Ahora bien, desconocemos cuánto había de realidad en todo esto. No lo sabemos, pero son datos sumamente reveladores.



5. ESTELA IBÉRICA CON FIGURA DE JINETE (OSUNA, SEVILLA).

A partir del 150 a.C. Viriato ya estaba al frente de las tropas lusitanas y preparaba su ejército para la gran insurrección contra Roma.¹⁴ Con anterioridad, el pretor de *Hispania Ulterior*, Servio Sulpicio Galba, que se había refugiado en Carmona tras una dura campaña contra los lusitanos en la que había perdido 7.000 hombres, hizo propuestas de paz con la promesa de ofrecer lotes de tierra a quienes abandonasen las armas. Pero cuando se habían reunido más de 30.000 hombres dispuestos a vivir en paz con Roma, los encerró en tres campamentos y, una vez desarmados, ordenó la matanza a discreción. Unos 9.000 fueron asesinados y 20.000 fueron hechos prisioneros para ser vendidos como esclavos en la Galia; tan sólo 1.000 lograron escapar a la masacre, entre ellos, Viriato. En la propia Roma, muchos senadores clamaban indignados y el propio Catón propuso la liberación de los esclavos y la creación de un tribunal para investigar el comportamiento del pretor. Galba fue juzgado haciéndose cargo él mismo de su defensa. Para mover la compasión de los jueces acudió al Senado con sus dos hijos y un tercero del que era tutor, pidiendo que el pueblo romano los protegiese si a él le consideraban merecedor de la muerte. Al principio, el Senado se negaba a absolverle de sus delitos, pero cuando se decidió a entregar una gran parte del dinero robado

¹³ Dión Casio, 73,77, 78; cf. SÁNCHEZ MERINO, E.: *Historias romanas*, Madrid, 1989; MILLAR, F.: *A Study of Cassius Dio*, Oxford, 1964.

¹⁴ Cf. PÉREZ VILATELA, L.: "Notas sobre la jefatura de Viriato en relación con la Ulterior", *Archivo de Prehistoria Levantina*, XIX, 1989, pp. 191-204; PASTOR, M.: *Viriato. El héroe hispano...* Op. cit. pp. 79 ss.

en Hispania, el Senado le absolvió. El dinero pudo más que la compasión. Tan grande era el poder del dinero que cinco años más tarde Galba sería nombrado cónsul.

Viriato comenzó así a convertirse en el verdadero protagonista de las guerras entre lusitanos y romanos y comenzó a gestarse su leyenda como estratega. Su nombre sonaba repetidamente en los discursos de los oradores del Senado romano. Pronto la revuelta lusitana adquirió una nueva dimensión.¹⁵



6. GUERRERO IBÉRICO DE CERRILLO BLANCO (PORCUNA, JAÉN).

Y es, a partir de este momento, cuando, por primera vez, *Urso* (Osuna) entra en la órbita de Viriato. Con toda seguridad, Viriato llegó hasta la propia ciudad de *Urso* o a sus inmediaciones, puesto que sabemos que, en el 147 a.C., al frente de unos 10.000 lusitanos penetró en Turdetania por el valle del Guadalquivir y que sus tropas fueron cercadas junto a *Urso* por las del pretor Cayo Vetilio, que había llegado hacía poco a la *Ulterior* con un nuevo ejército. De nuevo se entablaron negociaciones. Vetilio les ofrecía tierras de cultivo si se rendían y entregaban las armas. Fue entonces, como hemos señalado, cuando se impuso la personalidad de Viriato recordando a sus compatriotas que los romanos no cumplían nunca sus pactos, ni sus promesas, ello motivó la suspensión de las negociaciones. Es probable que las negociaciones se realizaran en la propia *Urso* o en algún lugar cercano a la ciudad.



7. GUERRERO IBÉRICO DE EL PAJARILLO (HUELMA, JAÉN).

Viriato fue elegido jefe del ejército y elaboró un plan para eludir el cerco: ordenó que sólo 1.000 jinetes se quedasen con él y que los demás huyeran en direcciones distintas hasta

¹⁵ Cf. principalmente, PASTOR, M.: *Viriato. El héroe hispano... Op. cit.* pp. 153-194.

reunirse todos en la localidad de *Tribola* a la espera de su llegada. El plan resultó eficaz. Los romanos, sorprendidos, se desordenaron y el frente quedó roto. Vetilio atacó únicamente a Viriato y a sus jinetes como él había planeado, pero Viriato escapó por la noche y marchó hacia *Tribola* para reunirse con los suyos. El pretor Vetilio, burlado, le siguió lentamente con sus pesadas legiones y su pésima caballería. Viriato reorganizó sus tropas y preparó la emboscada definitiva. Dispuso sus tropas en un desfiladero de la Serranía de Ronda, en el valle del río *Barbesula* (el actual Guadiaro), única comunicación posible desde el valle del Guadalquivir con *Carteia*. Allí, situándose de nuevo a la vista de Vetilio y, usando la táctica alternativa de ataque y retirada, condujo a Vetilio a una trampa mortal. El desastre romano fue total; en la emboscada murieron más de 4.000 soldados romanos, entre ellos su propio general, a quien un soldado de Viriato atravesó con su lanza, sin saber siquiera a quien estaba matando, pero al que denominó «viejo gordo e inútil»; el resto, unos 6.000 soldados, se refugiaron en *Carteia*. Un ejército de 5.000 mercenarios de las tribus de los bellos y titos, aliados de Roma, y enviados contra Viriato por el pretor Cayo Plaucio, sucesor de Vetilio, fue también aniquilado. Igual suerte corrieron los pretores de *Hispania Citerior*, Claudio Unimano y C. Nigidio, a los que Viriato derrotó y arrebató sus estandartes colocándolos en las montañas como trofeos de guerra.¹⁶

La muerte de Vetilio y las derrotas de Plaucio, Unimano y Nigidio provocaron la dispersión del ejército romano y permitieron a Viriato recorrer toda la Bética y parte de la Carpetania sin oposición. Además, el éxito hizo recuperar la moral de los lusitanos, hasta el punto que sirvió de acicate para una resistencia generalizada contra Roma. Viriato sería el jefe indiscutible de los lusitanos y durante más de ocho años se convirtió en el «terror» de Roma.¹⁷ Su máximo exponente era la guerra de guerrillas, con la que se aprovechaba al máximo el conocimiento del terreno y hacía inútil la fuerza ordenada de las legiones romanas. Esta forma de combatir se conoce como guerra ibérica o hispánica. Las guerras de guerrillas hasta entonces fueron llevadas como defensivas, como lo fue la guerra numantina; sin embargo, el rasgo fundamental de la estrategia de Viriato fue el ataque. Su idea era la estrategia ofensiva. Es verdad que nunca ocupó el territorio conquistado como posesión duradera, sino que se contentó con aumentar sus posibilidades materiales por medio de saqueos.

La táctica militar utilizada en este tipo de guerra variaba según las circunstancias. Unas veces, consistía en cansar al adversario, impidiéndole el abastecimiento; y otras, trataba de eliminarlo mediante una emboscada o una huida aparente. Casi nunca se presentaban batallas en formación. Esto se explica, no sólo por la escasez de tropas, sino también por la inferioridad de las armas de sus soldados a la de los legionarios romanos. A la natural movilidad lusitana correspondía el combate disperso con todas las posibilidades de un ataque repentino, con huida rápida y nueva acción repentina. Por eso las armas arrojadizas eran más importantes que la espada.

Viriato no se proponía la conquista permanente del territorio enemigo, sino su saqueo sistemático. Por eso, la rapidez y la sorpresa son esenciales en este tipo de guerras. Viriato inquietaba y aniquilaba a los romanos por medio del ataque disperso empleando a la vez soldados de infantería y de caballería. Esta maniobra militar la denominaban los romanos: *concurfare*, el constante pegar y rebotar. Este tipo de ataque lo usaron también los bereberes y los partos, que tienen el mismo arte de guerrear.¹⁸

¹⁶ PASTOR, M.: *Viriato. El héroe hispano... Op. cit.* pp. 153-194.

¹⁷ Es difícil calcular con exactitud la duración de su mandato, ya que las fuentes clásicas no son claras al respecto. Así, mientras que para Apiano son 8 años (147-139 a.C.), para Justino son 10, para Diodoro de Sicilia, 11, para Tito Livio y sus comentaristas Floro, Orosio y Eutropio son 14 y, finalmente, para Velejo Patérculo son 20 años. Esta disparidad radica en considerarlo jefe desde el comienzo de la guerra (153 a.C.), o desde la matanza de Galba (150). A partir de Schulten se acepta la afirmación de Apiano (8 años).

¹⁸ PASTOR, M.: *Viriato. El héroe hispano... Op. cit.* pp. 62-66.



8. ESTATUA DE GUERRERO GALAICO-LUSITANO (GALICIA).

La maniobra más utilizada por Viriato fue la emboscada, donde se mezclan rapidez y sorpresa. Se efectúa generalmente en un desfiladero, o en pasos angostos, donde los soldados se ven obligados a marchar en columna alargada y estrecha, con lo que ofrecen un magnífico objetivo para el ataque. Viriato es un maestro en el arte de atraer al enemigo a la emboscada; en ella, destruye al enemigo, mientras que con la retirada fingida le induce a la persecución precipitada y desordenada y entonces se vuelve rápidamente y le contraataca, lo que provoca aún más desorden en las tropas enemigas. Un objetivo especialmente vulnerable eran los convoyes de abastecimiento y los forrajeadores.



9. RELIEVE CON DOS GUERREROS ROMANOS (ESTEPA, SEVILLA).

Para despistar al enemigo Viriato escoge un grupo reducido de soldados y lanza un ataque inesperado, así el grueso de su ejército tiene tiempo para huir y ocultarse. Igualmente, cuando quiere privar a su ejército de un ataque inoportuno, lo dispersa en pequeños grupos y luego lo reúne de nuevo

en un lugar determinado. Su estrategia requería estar continuamente en movimiento, lo que impedía un establecimiento permanente en los sitios conquistados.

Para desarrollar su estrategia Viriato disponía de un importante ejército formado por guerreros de diferentes pueblos, entre ellos los ursonenses, preparados para este tipo de guerras. A pesar de su diversidad étnica, Viriato consigue en este ejército, a base de una férrea disciplina y un adiestramiento apropiado, una excelente preparación militar. Los continuos ejercicios corporales, los juegos con armas, las cacerías y los saqueos, servían de preparación y de entrenamiento a sus soldados. Se lanzaban al ataque entonando cánticos de batalla y bailando una danza guerrera. Pero a estos guerreros, ágiles, infatigables y valientes, inferiores a los legionarios romanos, les faltaban otras cualidades, como la disciplina y la perseverancia, sin las cuales es imposible el triunfo.

El ejército de Viriato disponía también de un armamento apropiado para este tipo de guerras. El armamento ibero-lusitano, que conocemos bien gracias a los textos, a la arqueología y a las esculturas de los guerreros de Osuna, constaba de un escudo pequeño y redondo, muy apropiado para los combates cuerpo a cuerpo y para rechazar los dardos, una espada y un cuchillo, una larga lanza de hierro con punta en forma de gancho y un casco de cimera con crines volantes y corazas de lino. Según las armas, había varios tipos de guerreros: los caballeros, con caballo, coraza y casco metálico; y los infantes, equipados con armas más ligeras (dardos y flechas). No usaban casco; sus cabellos caían desmelenados sobre sus hombros o se los ataban con una especie de banda en la frente. Muy pocos usaban gorros de cuero o cascos de metal y eran raros los que llevaban casacas o grebas metálicas. Se adornaban con collares y brazaletes, *torques* y *viria*, como los encontrados en Galicia y norte de Portugal. Para luchar de lejos usaban dardos y jabalinas que lanzaban con gran destreza y a gran distancia. Las lanzas eran de hierro (*soliferreum*), o de madera con la punta de hierro. Para la lucha cuerpo a cuerpo usaban el puñal, la espada y el sable ibérico de doble curvatura, conocido como *falcata*, que ha aparecido con profusión en las excavaciones arqueológicas. En general, el armamento ligero se adaptaba a la táctica de las evoluciones rápidas, tan típica en la guerra de guerrillas.¹⁹

Conocemos bien este tipo de armas gracias a los textos de Diodoro de Sicilia y Estrabón. Diodoro señala:

Los lusitanos son los más fuertes de los iberos; para la guerra llevan escudos muy pequeños, tejidos de nervios, con los cuales y gracias a su dureza pueden defender su cuerpo fácilmente. En la lucha lo manejan con destreza, moviéndolo a uno y otro lado del cuerpo y rechazando con habilidad todos los tiros que caen sobre ellos. Usan también picas, hechas enteramente de hierro y con la punta a modo de arpón, y llevan casco y espada muy parecida a la de los celtíberos; lanzan sus picas con precisión y a larga distancia y causan a menudo heridas muy graves. Son ágiles en sus movimientos y ligeros en la carrera, por ello, huyen o persiguen con rapidez... Con estas ligeras armaduras y siendo muy ágiles en sus movimientos y muy vivos de espíritu, difícilmente pueden ser vencidos por los demás. Consideran las rocosidades y asperezas de las sierras como su patria y en ellas van a buscar refugio por ser impracticables para los ejércitos grandes y pesados. Por eso los romanos que han realizado numerosas campañas contra ellos, aunque han contenido sus audacias, no han logrado poner fin a sus depredaciones a pesar de su empeño.²⁰

Estrabón añade:

Dicen que los lusitanos son diestros en emboscadas y persecuciones, ágiles, listos y disimulados; usan un escudo pequeño que tiene un diámetro de dos pies y es cóncavo por delante, y se maneja por correas, y no tiene, al parecer, ni abrazaderas ni asas. Además, llevan puñal o cuchillo. La mayor parte tiene corazas de lino, y sólo pocas corazas de malla y un casco con tres penachos, mientras los demás usan cascos de nervios. Los infantes usan también grebas y cada uno lleva varias jabalinas; algunos se sirven de lanzas con puntas de bronce.²¹

¹⁹ PASTOR, M.: *Viriato. El héroe hispano...* Op. cit. pp. 66-69.

²⁰ Diodoro, *Bibl. Hist.* II, XXXIII, 7, 1-6.

²¹ Estrabón, *Geogr.* 139, 152; cf. SCHULTEN, A.: *Estrabón, Geografía de Iberia. Fontes Hispaniae Antiquae*, VI, Barcelona, 1952; MEANA, M. J. y PIÑERO, F.: *Estrabón. Geografía (Hispania y Galia)*, Barcelona,

Los textos de Diodoro y de Estrabón hacen referencia expresa a las armas lusitanas y al modo de guerrear de los lusitanos. Pero conviene recordar también que los guerreros lusitanos vestían una especie de toga de tela ajustada en la parte superior y cubrían sus piernas con una especie de polainas de lana. No usaban casco, sino que sus cabellos caían desmelenados sobre sus hombros cuando no se los ataban con una especie de banda en la frente. Muy pocos usaban gorros de cuero o cascos de metal y también son raros los que llevaban casacas o grebas metálicas. Sin embargo, sí se adornaban con collares y brazaletes, *torques* y *viria*, como los encontrados en Galicia y norte de Portugal. Para luchar de lejos empleaban dardos y jabalinas que lanzaban con gran destreza y a gran distancia. Las lanzas eran, o totalmente de hierro (*soliferreum*) o de madera con la punta de hierro. Para la lucha cuerpo a cuerpo usaban el puñal, la espada y el sable ibérico de doble curvatura, las llamadas *falcatas*, que han aparecido con profusión en las excavaciones arqueológicas. Como arma defensiva utilizaban un escudo pequeño redondo, de piel, conocido con el nombre de *castra*. En general, este armamento tan ligero estaba adaptado a la táctica de las evoluciones rápidas, tan típica en la guerra de guerrillas²².

Uno de los aspectos más destacados de la guerra es la apropiación del botín y su distribución. Es este un aspecto que destaca en la personalidad de Viriato. Para E. Sánchez Moreno, la guerra es un complejo mecanismo que entre otras cosas confiere prestigio político, promoción social e ingresos económicos. Los grandes beneficiarios de la guerra son los jefes guerreros. A ellos van a parar inicialmente las ganancias y los productos obtenidos. Son los jefes quienes controlan los botines y tributos.²³



10. ARMAS IBÉRICAS (FALCATAS, PUNTAS DE LANZA Y SOLIFERREUM).

La actitud de Viriato en el reparto del botín está reflejada en los textos clásicos que aluden a los repartos de botines y de regalos por parte de Viriato, al que consideran justo, equitativo y generoso, siguiendo el paradigma del *buen salvaje* pregonado por la doctrina estoica. Así, Diodoro de Sicilia se refiere a estos repartos en varios pasajes de su obra:

1995.

²² PASTOR, M.: *Viriato. El héroe hispano...* Op. cit. pp. 62-66.

²³ SÁNCHEZ MORENO, E.: "Algunas notas sobre la guerra como estrategia de interacción social en la Hispania prerromana: Viriato, jefe redistributivo", (Parte I) *Habis*, 32, 2001, pp. 149-169; (Parte II), *Habis*, 33, 2002, pp. 169-202; IDEM: "El botín de Viriato: guerra y sociedad en Lusitania", *Boletín de la Asociación Española de Arqueología. Homenaje a la Dra. Encarnación Ruano*, 42, 2002-03, pp. 305-331; Idem: "Ex pastore latro, ex latrone dux... Medioambiente, guerra y poder en el Occidente de Iberia", *War and Territory in the Roman World (Actas de la mesa redonda guerra i territori en el mon romà: una discussió historicoarqueologica)* (Bellaterra, 8-9 marzo, 2005), Barcelona, 2008, pp. 55-79.

En el reparto del botín era justiciero, y distinguía con regalos a los que destacaban por su valor... Viriato, el jefe de ladrones lusitano, era justo en el reparto del botín: basaba sus recompensas en el mérito y hacía regalos especiales a aquellos de sus hombres que se distinguían por su valor, además no cogía para su uso particular lo que pertenecía a la reserva común. Debido a ello, los lusitanos le seguían de buen grado a la batalla y lo honraban como su benefactor y salvador común.....en el reparto del botín no tomaba nunca una parte mejor que los otros; y de lo que tomaba, u obsequiaba a los que más se distinguían o subvenía a las necesidades de los soldados²⁴.

En el mismo sentido escriben Apiano:

Tanta fue la añoranza que Viriato dejó tras de sí, el que más dotes de mando había tenido entre los bárbaros y el más atrevido ante todo por delante de todos y el más presto al reparto a la hora del botín. Pues nunca aceptó tomar una parte mayor a pesar de que continuamente le animaban a ello; e incluso lo que tomaba se lo entregaba a quienes más habían destacado en la lucha. Por esto, un asunto complicado y no fácilmente conseguido por ningún otro de los generales: durante los ocho años de esta guerra un ejército constituido de elementos heterogéneos nunca se le rebeló y siempre fue sumiso y el más resuelto a la hora del peligro.²⁵

Y Cicerón:

y así, por su equidad en repartir el botín, obtuvieron un gran poder no sólo Bardilis, bandolero ilirio, sino también y mucho mayor el lusitano Viriato.²⁶



11. FALCATA IBÉRICA.

De esa imagen de Viriato distribuyendo el botín entre los suyos podemos sacar también la sensación de un ordenamiento social muy regulado. Todo ello puede ponerse en relación con otros signos de jerarquía y dependencia que conocemos en Lusitania y en la Bética que nos hablan de una sociedad cada vez más vertical y articulada. Entre estos signos podemos señalar principalmente, las clientelas militares (*devotii*) que surgen en torno a una figura central a quien consagran fidelidad de por vida hasta el punto de llegar a morir por él, y los banquetes o fiestas de mérito que incluyen el intercambio de regalos y la destrucción deliberada de riqueza como prerrogativa máxima de rango y autoridad. Un claro ejemplo es el derroche del que hace gala el potentado *Astolpas* en la boda de su hija con Viriato, al obsequiar a los invitados con exquisitos manjares, alhajas y vestidos lujosos, aunque despreciados por Viriato, pero que no vamos a analizar en esta ocasión.²⁷

Un último aspecto a señalar se refiere a la manipulación que hace un jefe de los botines adquiridos utilizándolos para ganarse la fidelidad de sus ejércitos y la adhesión de sus clientes. Las fuentes reiteran que Viriato distinguía a sus partidarios con regalos y presentes. De inmediato salta a la vista el valor simbólico del regalo y con ello la articulación

²⁴ Diodoro, *Bibl. Hist.* II, XXXIII, 1-6.

²⁵ Apiano, *Iber.* 75. Cf. principalmente,

²⁶ Cicerón, *De Offic.* 2, 40. Cf. GUILLÉN, J.: *Sobre los deberes*, Madrid, 1989.

²⁷ PASTOR, M.: *Viriato. El héroe hispano...* Op. cit. pp. 49-57; vid. también, GARCÍA QUINTELA, M. V.: "Viriato y la ideología trifuncional indo-europea", *Polis*, 5, 1993, pp. 122 ss.; IDEM, *Mitología y Mitos. Op. cit.* cap. 10, pp. 193 y 211 ss.

de relaciones y la captación de poder mediante el mecanismo del don y el contra-don. El regalo funciona como referencia de un compromiso entre individuos y por tanto es un precioso elemento para calibrar las relaciones sociales. La clave está en comprender que el regalo crea obligaciones: entregar un regalo exige en primer término la aceptación por parte del receptor e inmediatamente dar una respuesta recíproca. De este modo, el regalo mutuo se convierte en un instrumento para crear relaciones sociales y vínculos personales.²⁸



12. TORQUES, BRAZALETES Y BRÁCTEA DE ORO (PORTUGAL).

Los textos sobre Viriato hablan de este intercambio de regalos, sobre todo, de bienes de prestigio, como brazaletes, torques, calderos de bronce, caballos e incluso mujeres. Elementos que han sido corroborados también por los hallazgos arqueológicos (armas de guerreros, cerámicas lujosas de importación, bocados de caballo, etc.), que constituían el ajuar funerario de las elites rectoras. Así se consolidaba el prestigio y la autoridad del jefe, siguiendo la máxima de «cuánto más regalas, mayor respaldo y poder obtienes». Y más aún si los regalos son exóticos y conseguidos en campañas militares externas, como los obtenidos por Viriato. Muchos de estos objetos, como los brazaletes, pulseras y torques, con un marcado carácter político-social, han aparecido entre los ajuares guerreros de las necrópolis ibero-lusitanas y aparecen representados en las esculturas de los guerreros galaico-lusitanos.²⁹

Volviendo al desarrollo de las guerras contra Viriato, de nuevo nos encontramos con otra referencia a la ciudad de *Urso*. La acción se puede fechar entre los años 145 al 144 a. C. y nos la trasmite Apiano:

²⁸ *Ut supra*. Vid. la nota 23.

²⁹ Sobre estas piezas, cf. principalmente, BLANCO FREIJEIRO, A.: «Origen y relaciones de la orfebrería castreña», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 12, 1957, pp. 5-28, 137-157, 267-300; LÓPEZ CUEVILLAS, F.: *La civilización céltica en Galicia*, Madrid, 1988, pp. 173-226; ELUE-RE, Ch.: *L'or des Celtes*, Friburgo, 1987; PÉREZ OUTEIRIÑO, «Orfebrería castreña», *El oro en la España prerromana. Revista de Arqueología*, Madrid, 1989; CASTRO PÉREZ, L.: *Los torques de los dioses y de los hombres*, La Coruña, 1992.

Quando se supo esto en Roma, enviaron a Hispania a Fabio Máximo Emiliano, hijo de Emilio Paulo, el vencedor de Perseo, rey de Macedonia, encargándole de la leva de un ejército. Pero él, viendo que la ciudad estaba exhausta por las conquistas de Cartago y de Grecia, y por la conclusión de la tercera guerra de Macedonia, para no utilizar más a los que regresaban de estas campañas, reclutó dos legiones de jóvenes bisoños, que no habían tomado parte aún en ninguna guerra. Y, habiendo solicitado de los aliados otros refuerzos, con un ejército de quince mil de a pie, y unos dos mil de a caballo, llegó a *Urso*, ciudad de Hispania. Desde aquí, no queriendo abrir las hostilidades hasta tener la tropa bien entrenada, navegó hasta *Gades*, para hacer un sacrificio a Hércules. Entretanto Viriato, cayendo sobre unos soldados que habían salido para hacer leña, mató a muchos y llenó de pavor a los demás; y como el que mandaba estas fuerzas las formase en orden de batalla, de nuevo las derrotó Viriato, tomándoles mucho botín. Regresado Máximo, continuamente le provocaba a combate con sus tropas formadas; pero Máximo no quería exponer todas sus fuerzas, a las que instruíra aún; pero, con escaramuzas sostenidas con pequeños destacamentos, exploraba las fuerzas del enemigo, y fortalecía el ánimo de los suyos. Cuando salían los convoyes de aprovisionamiento, rodeaba siempre de una escolta armada a los que iban sin armas, y él mismo solía seguirles con una tropa de jinetes; como lo había aprendido de su padre Paulo, bajo el cual había combatido en Macedonia. Pasado el invierno, y bien instruido ya el ejército, consiguió ser el segundo en poner en fuga a Viriato, quien luchó bravamente, y, de dos ciudades de éste, saqueó una e incendió la otra; y, acosando al enemigo hasta un castillo llamado *Baicor*, le mató muchos hombres. Pasó el invierno en *Corduba*, a los dos años ya de dirigir esta guerra.³⁰

El texto nos muestra al cónsul del 145-144, Q. Fabio Máximo Emiliano, actuando en la provincia *Hispania Ulterior*, contra los lusitanos. Precisamente por estas fechas, e incluso antes, encontramos a numerosas bandas de lusitanos intentando –y a veces consiguiendo– pasar a África, adonde son perseguidos por las tropas romanas de Hispania.³¹ Parece evidente que si se les persigue a un territorio donde Roma no tiene intereses directos (el país de los *mauri*) es porque se teme su actuación desde allí. Todo nos hace pensar que los repetidos intentos de paso a África sólo tienen sentido si los ponemos en relación con el enfrentamiento de Cartago con el nómada *Masinissa*, primero, y directamente con Roma, después. Sabemos que Cartago luchaba fundamentalmente con mercenarios, y de entre ellos estimaba sobremanera a los hispanos, a los que había llevado Aníbal consigo cuando invadió Italia en 217 a.C. Por eso creemos que no tiene nada de particular que el sentido de las incursiones lusitanas cambie de signo a partir de la fecha de la caída de Cartago. Y es precisamente en esta etapa cuando Viriato se puso al frente de las tropas lusitanas. En el 146 a.C. Viriato, que había logrado escapar del pretor Vetilio en las proximidades del Estrecho, sube hacia el norte pasando posiblemente por Osuna y se dedica a saquear *Carpetania* antes de volver sobre el valle del Genil, donde lo vemos actuar en los dos años siguientes, sin duda con las simpatías de la población de la zona. Por sus victorias, Viriato se había convertido en «dueño y señor de la provincia *Hispania Ulterior*», lo que le permitía dominar y saquear con sus tropas las tierras de la *Beturia* y todo el fértil valle del Guadalquivir. En esos momentos Viriato había llegado a la cumbre de su poder.

El texto muestra, no obstante, la tranquilidad con la que actúa el general romano Q. Fabio Máximo Emiliano, que sólo contaba con tropas bisoños. Por razones estratégicas se establece en la zona de Osuna (*Urso*), donde procede al adiestramiento de sus soldados, al tiempo que acude a Cádiz (*Gadir*), bajando por el Guadalquivir, para ofrecer su culto en el templo de *Melkart*. Cádiz era considerada entonces la puerta del Atlántico, el final de un mundo, y por ello el culto que rendía a Hércules-*Melkart* envolvía el sueño del dominio universal, al que ningún gran general (Fabio Emiliano,

³⁰ Apiano, *Iber*. 65.

³¹ Sobre estas incursiones lusitanas, cf. principalmente, SANTOS YAN- GUAS, N.: «Las incursiones de lusitanos en Hispania Ulterior durante el siglo II a. C.», *Bracara Augusta*, XXXV, 1981, pp. 355 ss.; CHIC, G.: «Consideraciones sobre las incursiones lusitanas en Andalucía», *Gades*, 5, 1980, pp. 15-25; PÉREZ VILATELA, L.: «Notas sobre la jefatura de Viriato en relación con la *Ulterior*», Art. cit. pp. 191-204; PASTOR, M.: *Viriato. El héroe hispano...* Op. cit. pp. 145 ss.; SALINAS, M.: «La Jefatura de Viriato y las sociedades del Occidente de la Península Ibérica», *Palaeohispanica*, 8, 2008, pp. 89-120.

Pompeyo o César) podía resistirse³². Viriato se muestra por entonces con un gran poder: es dueño de la *Beturia* y se adentra en el valle del Genil con cierta facilidad y complicidad de los nativos, aunque en alguna ocasión tenga que recurrir a la ejecución de rehenes, como sucede con los de la ciudad de *Segovia*, localizada en la actualidad entre Palma del Río y Écija.³³ Finalmente una ofensiva romana lo rechaza, en el 144 a. C. hasta el Alto Guadalquivir, donde es acosado en el castillo de *Baikor*, según refiere el texto.



13. ESTELAS GRABADAS DEL SUROESTE (SEGÚN M. BENDALA).

Pero los éxitos romanos fueron pasajeros. Tras la marcha de Fabio Máximo Emiliano a Roma, Viriato se apoderó nuevamente de *Tucci* (Martos, Jaén), derrotando a las tropas romanas con la ayuda de las tribus celtíberas de arévacos, bellos y titos, que habían defecionado de Roma y se habían sumado a su causa. De nuevo las incursiones lusitanas se extendieron por las regiones de Bética y *Bastetania*. La situación se hizo intolerable para Roma, pues la guerra se eternizaba y las sucesivas tropas romanas eran derrotadas sistemáticamente por Viriato. Esta situación preocupó profundamente al Senado y al pueblo romano que, en el 142-141 a.C., envió a *Hispania Ulterior* a Quinto Fabio Máximo Serviliano, otro miembro de la familia de los Escipiones, con el *imperium* proconsular. Llegó a Hispania con 18.000 soldados de infantería, 1.600 de caballería, 10 elefantes y 300 jinetes africanos. Un ejército demasiado escaso para enfrentarse a Viriato.³⁴

Serviliano comenzó liberando algunas ciudades del sur de Hispania, entre ellas, *Tucci*, y castigó duramente a las ciudades béticas que se habían pasado a Viriato. Luego avanzó hacia Lusitania persiguiendo a Viriato, pero fue sorprendido y derrotado por dos desertores romanos, Curio y Apuleyo, que comandaban un ejército de más de 10.000 hombres. Ante esta inesperada circunstancia, el ejército de Serviliano tuvo que dar marcha atrás para defenderse de los asaltantes a los que derrotó y castigó severamente. Al año siguiente, Serviliano conquistó varias ciudades partidarias del lusitano, impidiéndole con ello su aprovisionamiento. Parecía que el fin de Viriato estaba cerca cuando Serviliano consiguió acorralarle junto a la ciudad de *Erisana* (tal vez, Azuaga, o Zalamea, en Badajoz), pero, una vez más, una estratagema hizo cambiar

la situación y las tropas romanas quedaron atrapadas en el desfiladero. Viriato alcanzó un gran éxito sobre las tropas romanas, que huyeron despavoridas. Poco después, acorraló al grueso del ejército consular en un lugar del que no podría escapar, de manera que la derrota definitiva del ejército romano parecía inevitable. Se preveía el mayor triunfo de Viriato sobre los romanos. No había esperanza para ellos; sin embargo, cuando todo estaba a su favor, Viriato entabló negociaciones con Serviliano que condujeron a la conclusión de un tratado de paz. El ejército romano se retiró y Viriato confirmó todo el territorio que poseía como independiente. A partir de ese momento, los lusitanos —hecho insólito— serían considerados como amigos del pueblo romano. Serviliano aceptó todas las condiciones impuestas por Viriato. En adelante, romanos y lusitanos respetarían los límites y fronteras de ambos pueblos, que se establecieron en los que ocupaban en ese momento. Pero lo más sorprendente es que el tratado fue ratificado por el Senado que otorgó a Viriato el título de *amicus populi romani* (“amigo del pueblo romano”), reconociéndole incluso como rey, aunque dio la consigna a sus gobernadores de que debían deshacerse de él como fuera, puesto que sus victorias no sólo humillaban a Roma, sino que ponían en sus manos los ricos territorios de la Bética³⁵.

Pero la paz duró muy poco tiempo. Aunque el Senado y el pueblo romano habían ratificado, ciertamente, el tratado, no faltaron voces que se alzaron en su contra, declarando dicha paz como indigna al haber cedido a Viriato territorios romanos. La paz también fue considerada por algunos como “vergonzosa”. Por ello, cuando, en el 139 a. C., Quinto Servilio Cepión llegó a Hispania en calidad de procónsul, la situación va a cambiar de manera radical. Su actitud fue nuevamente guerrera. Primero solicitó autorización del Senado para promover algunas acciones contra Viriato, luego se manifestó en contra del tratado, presentándolo ante el Senado como contrario al honor de Roma y, finalmente, inició las hostilidades. Viriato se acogió al tratado, pero el Senado anuló el tratado de paz y dio a Cepión la posibilidad de retomar abiertamente la guerra. Viriato se vio obligado a evacuar algunas ciudades de la Beturia, como *Arsa/Erisana*, y se retiró hacia la *Carpetania* hasta donde lo siguió Cepión. Cuando Cepión lo tenía cercado, Viriato empleando nuevamente su exitosa táctica militar consiguió escaparse, pero Cepión lo persiguió por las montañas lusitanas hasta los territorios de los vetones y galaicos. Este camino sería después conocido como “Vía de la Plata”.³⁶



14. ESTELA DE ATEGUA (CÓRDOBA).

³² Cf. al respecto, GAGÉ, J.: “Gades, l’Inde et les navigations atlantiques dans l’Antiquité”, *Revue Historique*, 205, 1951, pp. 189-216; vid. también, MILLAN LEÓN, J.: *Gades y las navegaciones oceánicas en la Antigüedad (1000 a.C.-500 d.C.)*, Écija, 1998.

³³ Cf. BONSOR, G. E.: *Expedición arqueológica a lo largo del Guadalquivir*, Écija, 1989, pp. 26-27; vid. también, SCHULTEN, A.: *Fontes Hispaniae Antiquae*, IV, Barcelona, 1957, pp. 96-134.

³⁴ Cf. principalmente, PASTOR, M.: *Viriato. El héroe hispano... Op. cit.* pp. 169-173.

³⁵ *Ibidem*, pp. 173-180.

³⁶ *Ibidem*, pp. 181-184. Para la “Vía de la Plata”, cf. principalmente, AA.VV. *La Ruta de la Plata de Sevilla a Gijón*, Ediciones Lancia, León, 1993; vid. también, ROLDAN, J. M.: *Iter ab Emerita Asturicam. El camino de la plata*, Salamanca, 1971.

Viriato podría haber resistido aún durante algún tiempo en las montañas lusitanas, pero los lusitanos estaban cansados de guerra y exigían la paz. Por eso de nuevo se iniciaron negociaciones entre Viriato y el cónsul romano, Popilio Lenas. Los romanos exigieron la entrega de todos los desertores y de los rebeldes más destacados, a los que cortaron las manos, y la entrega de las armas, lo que suponía la mayor afrenta que se le podía hacer al pueblo lusitano. Tales exigencias hicieron que Viriato rompiera las negociaciones y se retirara nuevamente a sus montañas. Aunque pronto se retomaron nuevamente, aunque ahora, no con el cónsul, sino con Cepión. Viriato envió al campamento de Cepión, a tres de sus lugartenientes, a los que consideraba sus fieles amigos, *Audax*, *Ditalcos* y *Minuros* (o *Nicorontes*), naturales de *Urso* (Osuna). No fue difícil para Cepión hacerles renegar y convencerles para asesinar a Viriato, prometiéndoles ventajas personales y ofreciéndoles ricos presentes y tierras para vivir en paz. Los enviados volvieron al campamento de Viriato y lo asesinaron mientras dormía tranquilamente en su tienda. Según cuenta la tradición, Viriato apenas dormía y siempre se acostaba con su armadura, por lo que le apuñalaron en el cuello, el único lugar vital que no estaba protegido. Luego huyeron de nuevo al campamento romano en busca de la recompensa, pero se equivocaron en sus cálculos. Viriato encontró la muerte por la traición e infidelidad de sus propios compatriotas y no por el valor de Cepión³⁷.

En Roma su asesinato fue considerado como una acción indigna. Los asesinos no recibieron la paga prometida por Cepión. El Senado negó la confirmación del pacto y el triunfo a Cepión. La célebre frase "Roma no paga traidores" no es más que una invención posterior, pero recoge perfectamente el sentir de la versión tradicional, que sostiene que los romanos nunca habían aprobado que un jefe muriese a manos de sus propios soldados. Seguramente, la frase es de una época posterior a los hechos ocurridos y se dijo para tratar de ocultar la vergüenza que producía a los romanos ser responsables de acciones semejantes.

Es precisamente en este episodio sobre la traición y muerte de Viriato cuando los textos hacen referencia expresa a los habitantes de la ciudad de *Urso*, de la que eran naturales sus asesinos. Los hechos los narran Diodoro y Apiano.

Diodoro escribe:

Audax, Ditalco y Nicorontes, de la ciudad de *Urso*, amigos y emparentados entre sí, dándose cuenta de que la supremacía de Viriato empezaba a ser puesta en peligro por los romanos y temiendo por ellos mismos, decidieron ganarse la benevolencia de los romanos con algún servicio; de esta manera pretendían ganarse para ellos su propia seguridad. Viendo que Viriato deseaba poner fin a la guerra, se ofrecieron para persuadir a Cepión a hacer un tratado de paz si se les enviaba a ellos como emisarios. Asintió con gusto el caudillo y poco después se presentaron ante Cepión y le persuadieron sin dificultad a garantizarles su seguridad personal si le anunciaban el asesinato de Viriato. Después de dar y recibir garantías mutuas sobre lo pactado, regresaron a toda prisa al campamento. Dijeron que habían convencido a los romanos respecto a la paz e hicieron nacer grandes esperanzas en Viriato, animándole en lo que de sus proyectos más se alejaba de la realidad. Pero estos, se aprovecharon de la confianza y de la amistad que Viriato les tenía, entraron a escondidas y por la noche en su tienda de campaña y con sus espadas le mataron de un certero golpe. Luego salieron inmediatamente del campamento y a través de unos atajos por el monte, llegaron sin problemas ante Cepión a reclamar su recompensa.

El cadáver de Viriato fue honrado magníficamente y con espléndidos funerales. Hicieron combatir ante su túmulo doscientas parejas de gladiadores, honrando así su extraordinario valor. En efecto, Viriato fue de una gran combatividad en los peligros, muy sagaz en prever lo que convenía y, lo que es más, pasó todo el tiempo de su jefatura siendo muy querido por sus soldados, más que nadie. En el reparto del botín no tomaba nunca una parte mejor que los otros y de lo que tomaba, lo obsequiaba a los soldados que más se lo merecían o a los que más lo necesitaban. Era también muy sobrio. No dormía mucho y no retrocedía ante ningún peligro, ni nada le apetecía en exceso. Las pruebas de su valor son evidente, pues durante lo doce años que estuvo al frente de los lusitanos no hubo ninguna indisciplina en sus soldados. Tras su muerte, se deshizo el ejército lusitano al quedar privado de semejante jefe.³⁸

³⁷ Cf. principalmente, PASTOR, M.: *Viriato. El héroe hispano...* Op. cit. pp. 184-189.

³⁸ Diodoro, *Biblioth. Hist.* XXXIII, 21.

Apiano nos dice, poco más o menos, lo mismo, aunque cambia el nombre de *Nicorontes* por el de *Minuros* y omite el hecho de que fueran naturales de *Urso*.

Dice así:

Viriato envió a sus más fieles amigos Audax, Ditalcón y Minuro a que negociasen la paz con Cepión; Cepión los corrompió con magníficos dones y promesas, y los indujo a prometerle la muerte de Viriato. Y lo cumplieron del modo siguiente: Viriato dormía poco por sus cuidados y fatigas; y aún las más veces dormía con las armas, para estar dispuesto a todo al momento de despertarse. Así, aún de noche era posible a sus amigos acercarse a él. Valiéndose de esta costumbre, Audax y sus cómplices, estando Viriato en su primer sueño, entraron en la tienda como si llevaran prisa y le asesinaron hiriéndole en el cuello, único lugar del cuerpo que ofrecía al descubierto. Sin que nadie se diese cuenta de lo sucedido, por lo certero del golpe, huyeron al campamento de Cepión y reclamaron su recompensa. Cepión les permitió que conservasen los que ya les había dado, pero en cuanto a lo que pedían, los remitió a Roma. Al rayar el alba, los sirvientes de Viriato y todo el ejército, convencidos de que dormía, se extrañaban de que durmiese más tiempo del que acostumbraba, hasta que algunos se dieron cuenta de que yacía muerto y con sus armas. Al instante se alzó por todo el campamento un gran lamento y griterío; todos lloraban su muerte y se lamentaban de su propio mal, considerando qué peligros les amenazaban y qué gran caudillo perdían. Lo que más le pesaba era no poder encontrar a los asesinos. El cadáver de Viriato, magníficamente vestido, fue quemado en una altísima pira. Se inmolaron muchas víctimas, mientras que los soldados, tanto los de infantería como los de caballería, corrían en formación alrededor de la pira, con sus armas y entonando sus glorias al modo bárbaro. No se retiraron de allí hasta que el fuego de la hoguera se extinguió completamente. Terminado el funeral, celebraron combates singulares sobre su túmulo.³⁹



15. VIRIATO Y OTROS HÉROES DE LA ESPAÑA ANTIGUA.

Los hechos que narran ambos textos hay que situarlos en el 139 a. C., cuando Q. Servilio Cepión, que actuaba en este momento como procónsul, continúa la labor de su predecesor Q. Fabio Máximo Serviliano en su ofensiva romana para recuperar los valles del Guadalquivir y del Genil con la finalidad de perseguir y acabar con Viriato en la *Beturia*, donde éste, aprovechando una victoria en la localidad de *Arsa*⁴⁰, había solicitado la paz desde una posición de fuerza. Cepión denuncia ahora el tratado de paz que había llegado a firmarse y persigue a Viriato hacia el norte, entre carpetanos y vettones. El cónsul Popilio Lenas se une a la ofensiva de Cepión

³⁹ Apiano, *Iber*, 6, 11, 62.

⁴⁰ Sobre su localización, cf. GARCÍA Y BELLIDO, M^a. P.: "Sobre las dos supuestas ciudades de la Bética llamadas *Arsa*. Testimonios púnicos en la Baeturia Túrduła", *Anas*, 4, 1993, pp. 81-92.

y Viriato vuelve a pedir la paz, situándose en ese contexto el episodio de la traición de algunos de sus hombres, que la tradición señala como oriundos de *Urso*.

En ambos textos se describen también los funerales de Viriato al que sus compañeros consideraban como un héroe. La mayor parte de los historiadores greco-latinos ven en Cepión al verdadero instigador del complot que causó la traición y posterior asesinato de Viriato. Viriato era considerado como un héroe por sus propios compañeros; de aquí que participen en la revivificación del caudillo derramando su propia sangre sobre su tumba en un torneo fúnebre, similar a los juegos que Aquiles celebró en honor de su amigo Patroclo y que fueron introducidos por los romanos en el 264 a.C. desde el Sur de Italia: Una supervivencia de estos juegos serían, más tarde, las luchas de gladiadores en los anfiteatros romanos⁴¹

Cuando se descubrió el asesinato de Viriato, el sentimiento del pueblo lusitano fue extraordinario. Los lusitanos le hicieron unas exequias singulares, casi divinas. El cadáver fue quemado sobre una pira gigantesca y ofrecieron a los dioses innumerables víctimas. Todo el ejército estuvo presente en el entierro entonando cánticos de alabanza a su general y bailando alrededor del fuego. Una vez extinguido el fuego, se levantó un gigantesco túmulo y todos se sentaron a su alrededor guardando un profundo silencio. Luego, ante sus cenizas, más de doscientas parejas de gladiadores combatieron en su honor.

El hecho de que en el entorno de Viriato se encontrasen personas del valle del Genil, concretamente de Osuna, es de un gran interés, puesto que podemos ver a Viriato como aglutinador de una serie de virtudes guerreras que habrían de despertar la admiración y el deseo de seguirle a grandes masas de población. Esto se aprecia claramente cuando se describe los funerales del héroe. A un héroe o jefe al que se considera lleno de una *virtus* que es necesario exaltar y mantener viva. De ahí que, si el culto a los muertos se considera una de las manifestaciones más antiguas del sentimiento religioso, el culto al héroe muerto destaca de una manera especial. Hay que tener presente que una sociedad siempre se ha entendido como enraizada en el tiempo, o sea que se ha considerado integrada siempre tanto por las personas vivas como por aquellas que les han precedido en este mundo y que ahora forman parte de ese elemento fundamental para cualquier pueblo que es su Historia. Al comienzo, a los muertos parece haberseles vivificado con la sangre derramada en auténticos sacrificios humanos. Unos sacrificios humanos que perduraron en Roma hasta el 97 a.C., año en que fueron prohibidos.⁴²

En este sentido, no debe extrañarnos que Estrabón escriba:

los lusitanos son dados a los sacrificios y examinan las entrañas sin separarlas del cuerpo; se fijan además en las venas del costado y adivinan palpando. Hacen también predicciones por las entrañas de sus cautivos de guerra, a los que cubren con sayos. Luego, cuando son heridos por el arúspice en las entrañas, adivinan en primer lugar por la forma en que caen. Cortan las manos de los prisioneros y consagran las diestras.⁴³

⁴¹ Cf. principalmente, VILLE, G.: *La gladiature en Occident des origenes à la mort de Domitien*, Roma, 1981; *vid.* también, BRICENO, S. I.: *Los gladiadores de Roma. Estudio histórico, legal y social*, Bogotá, 1986; PASTOR, M.: "Munera gladiatorum: Aspectos sociales", en S. Crespo Ortiz de Zárate y A. Alonso Ávila (Ed.), *Scripta Antiqua in honores Angel Montenegro Duque et José María Blázquez Martínez*, Valladolid, 2002, pp. 485-499; MEIJER, F.: *Un giorno al Colosseo. Il mondo dei gladiatori*, Roma-Bari, 2006; KYLE, D. G.: *Sport and Spectacle in the Ancient World*, Oxford, 2007.

⁴² Cf. CLAVEL-LÉVÉQUE, M.: "Rituels de mort et consommation de gladiateurs: images de domination et pratiques imperialistes de reproduction", *Hommages a Lucien Lerat*, pp. 189-191.

⁴³ Estrabón, III, 3, 6; cf. el comentario de J. Millán León a este texto en la traducción de MEANA, M^a J. y PINERO, F.: *Op. cit.* p. 84. Dice este autor: «esta forma de vaticinio se atestigua también entre los galos, aunque no hubo aquí una organización sacerdotal como la de los druidas: las funciones religiosas eran compartidas por los adivinos y los jefes de unidades gentilicias». *Id.* al respecto, GARCÍA QUINTELA, M. V.: "El sacrificio humano adivinatorio céltico y la religión de los lusitanos", *Polis*, 3, 1991, pp. 25-37.



16. VIRIATO (DIBUJO DE J. BELVERT).

Esta práctica nos lleva directamente al mundo del honor buscado por el guerrero, que se sustentaba en despojar al enemigo de una parte importante de su cuerpo, como también hacían los romanos, egipcios y otros pueblos⁴⁴. El honor obtenido en todos los casos se consideraba muy grande.

Y el honor es el elemento más sustancial en la vida de un guerrero. Una vida que termina en buena medida con la muerte y que sólo el sacrificio sangriento podía paliar de algún modo, pues la sangre caliente vivificaba al alma del difunto y le permitía participar en el recuerdo de los vivos. De ahí que los compañeros del guerrero, en este caso de Viriato, quieran participar en la revivificación del caudillo llorando derramando su propia sangre sobre la tumba en un torneo fúnebre. Todo esto nos recuerda también la épica homérica, que narra los juegos que Aquiles celebró en honor de su amigo Patroclo.⁴⁵ De hecho, existen fuertes indicios para creer que, en sus orígenes, los juegos olímpicos no eran otra cosa sino una asamblea o reunión para celebrar juegos fúnebres.



17. ESTATUA DE VIRIATO EN ZAMORA.

⁴⁴ De mismo modo, como dice Apiano, durante las guerras contra Viriato, Q. Fabio Máximo Serviliano, tras capturar a un cierto Connoba, lo dejó en libertad, pero a sus hombres les cortó las manos (Apiano (Iber. 68). Lo mismo cuentan Valerio Máximo (2, 7, 11), Frontino, 4, 1, 42 y Orosio (5, 4, 12). Igual ocurrió en Egipto tras la expulsión de los hicsos; cf. PRITCHARD, J. B.: *La sabiduría del antiguo oriente*, Barcelona, 1966, p. 204; y en *Esparta con los espartanos del siglo VII-VI a.C.*, como informa el lírico Tirteo (10, 25); cf. BETHE, E.: "Die dorische Knabenliebe. Ihre Ethik und ihre Idee", *Rheinische Museum*, 62, 1907, pp. 464-465.

⁴⁵ Homero, *Iliada*, XXIII, vv. 798 ss.

¿Ocurría lo mismo en el sur de la Península Ibérica? No lo sabemos con seguridad, pero es muy posible. Un testimonio de ello puede encontrarse en las llamadas estelas decoradas del suroeste, que se encuentran entre el valle del Zêzere, al Norte del Tajo, y los del Guadajoz y del Genil,⁴⁶ es decir, en el área en que actuaban las tropas de Viriato.⁴⁷ En ellas suele representarse a un guerrero, con sus armas y atributos guerreros (espejo y carro), representados de manera esquemática mediante la yuxtaposición de los elementos que lo componen. En una de ellas, procedente de Ategua (Córdoba), se nos muestra el cadáver sobre una pira y una figura con las manos en la cabeza en señal de lamentación; y en la parte inferior, aparecen los animales que estarían destinados al sacrificio (tal vez, caballos o toros), y luego, bajo una escena en la que el personaje se dispone a subirse en el carro de parada, dos grupos de cuatro y tres personajes, que se han interpretado como individuos que ejecutan la danza fúnebre.⁴⁸ Todos estos elementos, como ya vimos, aparecen en la descripción que hacen Diodoro de Sicilia y Apiano de los funerales de Viriato.⁴⁹

Por otro lado, si entre los lugartenientes y hombres de confianza de Viriato se mencionan a tres ursonenses, es fácil deducir que compartirían el mismo tipo de vida, es decir, el militar. El guerrero es un individuo que voluntariamente busca en la lucha su forma de vida. Y esto es, precisamente lo que decía Dión Casio de Viriato: «no emprendía la guerra ni por avaricia, ni por amor al mando, ni por cólera, sino que la hacía por ella misma».⁵⁰ Lo único que pretende es conseguir prestigio y estima, que se mide por el honor que otros rinden al guerrero por su sabiduría y valor, y que se materializa en la parte especial del botín que le corresponde si ha logrado que otros le sigan en sus empresas. El valor en el combate era fundamental, pero debía ir acompañado por la capacidad oratoria de convencer a los demás y la generosidad para con sus compañeros, primero, y para con el conjunto de su pueblo después. Características, todas ellas, que los textos resaltan en la figura de Viriato y que hemos de suponer que compartían sus iguales- como esos tres ursonenses (*Audax*, *Ditalcos* y *Minuros/Nicorontes*) de mediados del siglo II a.C. que, finalmente acabaron con Viriato mediante la traición.



18. ESTATUA DE VIRIATO EN VISEU, PORTUGAL (MARIANO BENLLIURE).

⁴⁶ Cf. GALÁN DOMINGO, E.: *Estelas, paisaje y territorio en el Bronce Final del Suroeste de la Península Ibérica*, Madrid, 1993; CHIC, G.: "Las estelas del Suroeste hispano y el arreglo corporal del guerrero", *V Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas, Colonia, 25-29 de Septiembre de 1989*. Actas: Salamanca, 1993, pp. 273-279.

⁴⁷ *Ut supra*, vid. las notas 11 y 23; principalmente, PASTOR, M.: Viriato. *El héroe hispano... Op. cit.* pp. 153 ss.

⁴⁸ Cf. principalmente, BENDALA, M.: "Notas sobre las estelas decoradas del Suroeste y los orígenes de Tartessos", *Habis*, 8, 1977, pp. 191-193.

⁴⁹ *Ut supra*, vid. las notas 38 y 39.

⁵⁰ Dión Casio, *Hist.* XXII, 77-78.

Los guerreros son un elemento de individualización en una sociedad gentilicia: forman grupos en los que rige el principio de igualdad y en los que la palabra de uno se contraponen a la de otro en una dialéctica que difícilmente podríamos encontrar en el marco de las familias patriarcales o en los clanes a los que, cada uno por su lado, también pertenecían. Su sistema de relación no está en la consanguinidad, sino en el control del territorio, donde la línea de preferencia se marca simplemente por el prestigio que alguien puede llegar a alcanzar y, en consecuencia, hacen que sus seguidores o clientelas puedan ser importantes⁵¹. Los jefes de los clanes buscarán el apoyo de estos guerreros, cuyo poder es distinto, y no dudarán en entregar a sus hijas en matrimonio para estrechar lazos con ellos, como sabemos que hizo Viriato al emparentarse con el rico *Astolpas* tras celebrar los rituales religiosos que acompañaban a la boda.⁵² Son ellos quienes se establecen en lugares fortificados, como es el caso de *Urso*, y los que en torno a sí configuran una vida política.

En este sentido, los núcleos permanentes de población o ciudades (*oppida*, *urbes*) se van configurando en torno a un ejército, con sus normas y religión. Y, probablemente esto es lo que ocurrió con *Urso*, que ya en tiempos de Viriato era una auténtica ciudad fortificada (*oppidum*). La evolución propia del sistema político iría desarrollando las jefaturas estables y los grupos de guerreros se irían transformando en masas de combatientes que siguen a su jefe⁵³. De hecho, posiblemente en parte por la necesidad de enfrentarse a Cartago, primero, y a Roma, después, los grupos de guerreros se irían transformando en aristocracias consolidadas establecidas a la cabeza de organismos jerárquicos. No obstante, el espíritu del guerrero tardaría mucho en desaparecer, y es difícil pensar que la pérdida del honor que podía suponer la traición al jefe no dejase de causar vergüenza, como muestran las fuentes romanas que hablan del asesinato de Viriato.⁵⁴

Las jefaturas habitaban en los *oppida*, y la inmensa mayoría de la población vivía diseminada por el campo. Estas jefaturas eran apoyadas por la aristocracia romana, que veía en ellas un medio cómodo de control del territorio provincial. Por esta razón, durante las guerras contra Viriato se había constituido en el Sur y Oeste de Hispania un poder político virtualmente independiente de Roma, que asumió la forma de una monarquía, similar a las monarquías helenísticas. Su núcleo principal estaba en la Béturia céltica y túrdula, donde ya existían verdaderas ciudades con una organización social y política muy compleja, heredera de las civilizaciones anteriores. En algunas de estas ciudades, como sería el caso de *Urso* existían partidarios de los romanos y partidarios de Viriato. Entre estos últimos había aristócratas locales y/o destacados guerreros de Viriato que, a su vez, poseían grandes propiedades de tierra y de ganado. A este grupo pertenecerían, sin duda alguna, sus propios asesinos (*Audax*, *Ditalcos* y *Minuros* o *Nicorontes*), que no veían con buenos ojos el prestigio y el poder que había alcanzado Viriato, de aquí que se consideraran traicionados por su jefe y se conjuraran contra él.⁵⁵

En este contexto, debemos preguntarnos cuáles serían las causas que llevaron a estos guerreros ursonenses a traicionar

⁵¹ Sobre estos aspectos, cf. principalmente, CHIC, G.: "Urbs, polis, civitas", *Los orígenes de la ciudad en el Noroeste hispánico*, Lugo, 1999, pp. 145-170; IDEM, "Una visión de Urso a través de las fuentes literarias antiguas", *Art. Cit.* pp. 188-213.

⁵² Cf. principalmente, PASTOR, M.: Viriato. *El héroe hispano... Op. cit.* pp. 49-57, donde pueden leerse los textos de Diodoro que narran el episodio de las bodas de Viriato; vid. también, la nota 11.

⁵³ Cf. principalmente, CHIC, G.: "La transformación de los sistemas de convivencia: hacia la formación de las urbes en el sur de Hispania", *Gades*, 22, 1998, pp. 221-239; también, RUIZ, A.: "Origen y desarrollo de la aristocracia en época ibérica, en el alto Valle del Guadalquivir", *Les princes de la protohistoire et l'émergence de l'État*, Nápoles-Roma, 1999, pp. 97-106.

⁵⁴ Cf. principalmente, PASTOR, M.: Viriato. *El héroe hispano... Op. cit.* pp. 185-180.

⁵⁵ Cf. principalmente, PASTOR, M.: Viriato. *El héroe hispano... Op. cit.* pp. 233-257.

a su jefe. No las sabemos con seguridad, pero siempre hemos pensado que actuaron, no por avaricia, puesto que eran ricos propietarios de tierras en la fértil Osuna, ni por deseos de sustituir a su jefe, ya que ocupaban una posición de privilegio en el ejército de Viriato, sino porque consideraron que el propio Viriato les había traicionado a ellos por haber aceptado una paz con los romanos de la que sólo él sería el gran beneficiado y no el resto de los guerreros y conciudadanos, toda vez que a él únicamente se le otorgó el título de *amicus populi romani* y se le concedieron privilegios especiales respecto a sus tierras y propiedades. Y en dicho tratado no se contemplaba la situación del resto de sus guerreros y jefes militares.

La consolidación del poder de Viriato se produjo cuando el Senado de Roma le nombró *amicus populi romani* y reconoció su poder sobre todas las tierras que poseía en Lusitania. Con este acto que, para los romanos, tenía una significación política precisa, Roma situaba a Viriato, jefe de los lusitanos, al mismo nivel que a otros destacados reyes aliados, como Hierón II de Siracusa, Micipsa, Masinisa o los Atálidas de Pergamo. De esta manera, la propia sociedad lusitana había evolucionado hacia formas políticas más complejas que, en un momento determinado, asumieron la forma de una posible monarquía, representada por el propio Viriato.

La muerte de Viriato significó, prácticamente, el comienzo del final de la resistencia de los lusitanos a la expansión romana en la *Hispania Ulterior*. Su sucesor, un tal *Tautalos* carecía de las cualidades de Viriato y pronto fue derrotado por Cepión que le obligó a capitular sin condiciones, aunque los prisioneros fueron tratados con benevolencia y no se les cortaron las manos, como antes había hecho Galba e incluso se les repartieron tierras para que no se dedicaran a saquear las de sus vecinos.

Así terminaron las guerras que enfrentaron a Roma contra Viriato, en las que la ciudad de Osuna (el *oppidum* de *Urso*) jugó un papel importante, puesto que en ella o en su ámbito se desarrollaron muchos de los acontecimientos que determinaron el final de las guerras, como fue el asesinato de Viriato.

Cronología

- 155-139 a. C.- Guerras lusitanas.
- 155.- Incurción de lusitanos y vetones, dirigidos por Púnico.
- 153-133.- Guerras celtibéricas.
- 153.- Caisaros sucede a Púnico y vence al pretor L. Mummió.
- 152.- El pretor M. Atilio vence a los lusitanos y toma la ciudad de *Oxthraca*.
- 151.- Lucio Licinio Lúculo extermina a la población de *Cauca*. Servio Sulpicio Galba es derrotado por los lusitanos y se refugia en *Conistorgis*.
- 150.- Lúculo saquea Lusitania. Masacre de Galba. Entre los supervivientes está Viriato.
- 149.- Galba es acusado y juzgado en Roma, pero logra su absolución por su dinero.
- 147.- Diez mil lusitanos invaden la Turdetania. El pretor Cayo Vetilio los derrota. Viriato es elegido caudillo de los lusitanos. Vence a Vetilio en *Tribola*.
- 146.- Viriato derrota a C. Plancio en Carpetania; se apodera de *Segobriga* y vence a Claudio Unimano, gobernador de Hispania Ulterior.
- 145.- Viriato vence a C. Nigidio. Llega a Hispania el cónsul Q. Fabio Máximo Emiliano.
- 144.- Los lusitanos son derrotados por Emiliano y se retiran a *Baikor*, en el valle del Guadalquivir.
- 143.- Viriato en la Hispania *Citerior* (bellos, titos y arévacos). Se inicia la guerra numantina. Viriato derrota a Q. Pompeyo y a C. Quincio.
- 142.- Viriato fortifica *Tucci*.
- 141.- Q. Fabio Máximo Serviliano llega a Hispania y se enfrenta a Viriato. Serviliano toma 5 ciudades béticas, luego es atacado por Curio y Apuleyo.
- 140.- Asedio de *Erisana/Arsa*. Derrota de Serviliano. Tratado de paz. Viriato recibe el título de *amicus populi romani*.
- 139.- El Senado rompe el tratado de paz a instancias de Q. Servilio Cepión. Viriato es asesinado por *Audax*, *Ditalcos* y *Mimuros*. Los lusitanos se refugian en el monte de Venus. Tautalo sucede a Viriato.
- 133.- Caída de Numancia.



LOS CEPEDA EN SU ESFERA SIMBÓLICA SANTA TERESA, SAN FRANCISCO Y LA SANTA VERA CRUZ DE OSUNA

Por

PEDRO JAIME MORENO DE SOTO
Historiador del Arte

EN el mundo de las mentalidades que conformaron el entramado ideológico del estamento nobiliario durante la sociedad del Antiguo Régimen, las instituciones, las propiedades, el mayorazgo, los patronatos o las necrópolis familiares formaban parte, junto al apellido, los títulos y blasones, del capital simbólico y la herencia inmaterial del linaje cuyo sentido iba más allá de una racionalidad puramente económica.¹ En el contexto de una sociedad cada vez más aristocratizada, donde la ostentación de los conceptos de honra y honor constituyeron los cauces que drenaban la existencia del grupo privilegiado, familias con cierto prestigio y poder económico, aristocráticas o paranobiliarias, se impregnaron de una serie de valores arquetípicos como modelos pautados de comportamiento característicos de un estatus de distinción que marcaba su conducta.

¹ ATIENZA HERNÁNDEZ, I., "La memoria construida: nobleza y genealogía de la Casa y la Villa de Osuna", *Apuntes 2. Apuntes y Documentos para una Historia de Osuna*, nº 2 (1998); id., "Teoría y administración de la Casa, linaje, familia extensa, ciclo vital y aristocracia en Castilla (s. XVI-XIX)", *Familia, grupos sociales y mujer en España (ss. XV-XIX)*, F. Chacón Franco y A. Peñafiel Ramón (eds.), Universidad de Murcia, 1992.

Este es el caso de la familia Cepeda, cuya presencia en la villa se remonta al siglo XVI. Desde que se instalaran en la localidad medraban en la escala social a la sombra de los Condes de Ureña y Duques de Osuna. Formaban parte de un grupo de familias de distinto origen social, generalmente no privilegiados, que accedieron al estatus nobiliario a través de la colaboración con la casa señorial. Esta relación entre el señor y los poderosos locales conformó una clientela local, una oligarquía que obtenía mercedes por los servicios prestados a los titulares de la jurisdicción. Su presencia copando los cargos municipales en los ayuntamientos ocultaba su condición pechera de dos formas distintas: empadronándose como hidalgos, con lo que evitaban los pechos reales y concejiles, y eximiéndose de salir de los alardes a que estaban obligados. El servicio a la casa señorial será por tanto un elemento común en los orígenes de toda una serie de familias cuyos antepasados descendieron a Osuna desde las tierras altas de Castilla, lo que por lo general los convertía en hidalgos de solar conocido, con la tan socorrida procedencia montañesa para esgrimir. En paralelo a todo este proceso, se lanzaron a urdir ambiciosas estrategias matrimoniales con otros destacados linajes, cuyo objetivo era la creación o reforzamiento de alianzas políticas. Como consecuencia del elevado nivel de influencia y poder local que les propició el control del Consejo, amasaron cuantiosas riquezas y alcanzaron la cumbre del prestigio social, pese a que sus orígenes sociales eran bastante más modestos que losregonados por las intencionadas crónicas, las que recrearon y fijaron la memoria genealógica del linaje. La culminación de la carrera ascendente desde unos orígenes paranobiliarios o simplemente hidalgos llegó en el siglo XVIII, cuando se produjo un verdadero asalto